

EDICIONES BISTAGNE



MARRUECOS

GARY COOPER

MARLENE
DIETRICH

ADOLPHE MENJOU

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

MARRUECOS

Maravillosa producción hablada en inglés, con títulos en español

Asunto de extraordinario éxito

Director

JOSEPH VON STERNBERG



Es un film PARAMOUNT

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETES PRINCIPALES

MARLENE DIETRICH

GARY COOPER

ADOLPH MENJOU

MARRUECOS

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Acodado en la borda, La Bessière contemplaba el mar azul, agitado por las suaves corrientes mediterráneas. Las aguas, partidas por la quilla, ponían a ambos lados del buque dos barreras espumosas que se desflocaban con fragor de torrente.

Le encantaba aquella sinfonía de blanco y azul que tantas veces había plasmado en el lienzo en combinaciones infinitas.

Realmente era una felicidad poder dedicarse al arte sin esos apremios de dinero que solían acosar

a la generalidad de sus colegas. Imposible sentir nada hondo y, menos, plasmarlo en un cuadro, pensando en lo que se va a cobrar por ello y acaso haciendo de antemano la distribución de la suma.

Por fortuna, él era lo bastante rico para producir una obra de arte y regalarla después a un museo o pedir doscientos mil francos por ella esperando tranquilamente a que surgiera el caprichoso y feliz mortal que quisiera y pudiera invertir una suma tan considerable en un lujo tan innecesario.

Por eso pasaba largas temporadas sin producir y por eso podía inspirarse sobre el terreno para ir completando aquella obra cosmopolita que asombraba por su variedad, ya que por ella desfilaban todas las razas y todos los ambientes, desde el primitivismo poético de las islas del Sur, hasta la amarilla desolación de las estepas asiáticas, y desde la enigmática India, a la punta más septentrional de Europa, allí donde el sol de media noche pone sobre el mar una penumbra de oro.

Ahora se dirigía a Marruecos, uno de sus países favoritos y que más veces había visitado. En cada viaje descubría una cosa nueva, un motivo inédito de inspiración, que le proporcionaba un éxito más, sobre la serie ya interminable de los obtenidos, al trasladarlo al lienzo.

¡Cuán fácilmente hallaba la fuente de inspiración en aquellas tierras marroquíes! Le impresionaba profundamente aquel ambiente de indolencia, aquel sol de fuego, aquellas noches llenas de palpitaciones sensuales, aquellas

músicas sencillas y, sin embargo, tan penetrantes.

¡Y aquellas danzas!... Le bastaba cerrar los ojos para ver a las diosas morenas descomponer su cuerpo en contorsiones de una belleza fuerte y voluptuosa. Los brazos ondulaban, la cintura parecía que iba a romperse en su maravilloso vaivén serpentino y todas las líneas del cuerpo eran lanzadas a una vertiginosa armonía de movimientos que estimulaba al ánimo más agotado o decaído.

Así iba pensando mientras contemplaba los milagros de blanco y de azul que componía el agua con esa inspiración insuperable de la naturaleza.

La Bessière, sin estar en la flor de la juventud, podía aún representar el sueño de más de una mujer. Era uno de esos hombres nacidos para la elegancia y sobre cuyo cuerpo todo se convierte en un signo de distinción. El, además, vestía impecablemente, y esto, unido a la gentileza aristocrática de sus movimientos, a la exquisitez, llena de encantadora naturalidad, de sus maneras, le había captado duran-

te el viaje la secreta admiración de más de una viajera.

Pero La Bessière se había aburrido soberanamente desde su partida de Francia. Las viajeras que le brindaban la distracción de su charla no eran del gusto del artista. No había entre ellas ninguna ni siquiera aceptable. Cuarentonas llenas de pretensiones. Niñas neuróticas. Y, a lo sumo, alguna monada con sesos de ratón. Acaso estas últimas beldades eran el ejemplar humano que más desdeñaba La Bessière. Para él no había nada superior a una mujer bella, pero tenía de la belleza un concepto tan fino, tan de artista, tan exigente, que una beldad perfecta, pero sin originalidad ni relieve, podía parecerle la mujer más fea del mundo.

Por eso se aburrió durante el viaje, y por eso ahora, al advertir que el buque se acercaba a las costas africanas, lanzó un suspiro de satisfacción.

Pero, de pronto, al levantar los ojos y ver la forma humana, femenina, que en aquel momento pasaba junto a él, quedó estupefacto.

¡Aquello era una belleza! ¿Dónde se habría metido aquella mujer para que no hubiera podido verla durante el viaje? A buen seguro que no había salido de su camarote.

Se quedó mirándola con estúpido descaro, inconsciente de su incorrección, y su mirada recorrió todo aquel conjunto de maravillas con deleite.

Su cabello, rubio como el oro, fino como la seda, ondulaba con buscado descuido sobre las sienes de nácar. La boca, de labios finos y pálidos—un ligero y suavísimo tinte rosa—, tenía un rictus de hastío y de tristeza, y esta misma expresión se leía en los bellos ojos, de una profundidad insondable y adormecida y un tono indefinible entre el gris, el azul y el acero. El cuerpo era un milagro de perfección y de belleza. Belleza original, fuerte, extraña, que irradiaba interés y expandía una atracción hipnótica. Tenía vida aquella carne, suave y cálida, palpitante de juventud y de capacidad emocional, que se adivinaba a través del fino vestido. En todos sus movimientos

había una pausa majestuosa al mismo tiempo que un encantador desmayo. Era una figura escurridiza, ondulante y flexible, que La Bessière presentía difícil de retener entre los brazos, para mayor desgracia del amante, en el que aquella dificultad implicaría un aumento de sus ciegas vehemencias. La pierna bellísima, de larga curva, invitaba a ir siguiendo el suave contorno hacia otros encantos superiores que se adivinaban fácilmente, y La Bessière, al hacerlo así, creyó percibir incluso los perfumes de aquella gloriosa flor de carne.

Pero lo que más llamó la atención al pintor, fué el gesto, la actitud siempre interesante de aquella mujer, en la que cada mirada era un enigma lleno de tentaciones. Era como si un halo de misterio, dulce y suave, la nimbara.

Por la mirada, también de admiración y extrañeza de otros viajeros, comprendió La Bessière que aquella mujer no se había dejado ver durante la travesía. A fe que, de lo contrario, no habría juzgado aburrido el viaje.

¿Habría conseguido interesarla? No iba tan lejos La Bessière. Lo cierto era que ella le habría interesado a él. Es más, ya le había interesado. Y reconocía esto con cierta amargura porque podía contarse en minutos el tiempo que faltaba para terminar el viaje.

Ella no hacía el menor caso de la admiración y la curiosidad que su presencia había despertado. Sin duda, estaba acostumbrada a esta atmósfera de adoración, y acaso también—La Bessière estaba casi seguro—habría sufrido las consecuencias de aquellas facilidades que en cuestiones sentimentales se le ofrecían.

Preguntó el artista a los camareros de a bordo y por ellos supo que se llamaba Amy Jolly y que era artista de *variétés*. Fué todo lo que pudo averiguar.

El pasaje se amontonaba en la borda, a la proa del buque, para contemplar la tierra lejana, con esa esperanza, con esa emoción del que va a conocer un mundo nuevo.

Amy Jolly, en cambio, paseaba por la cubierta, con su maletín.

Había intentado apoyarse en la borda, pero en seguida se vió cercada, asfixiada por una multitud de caballeros, entre los cuales, por cierto, no figuraba el prudente La Bessière.

Y esta prudencia recibió un premio inesperado. Quiso el azar que el maletín de Amy Jolly, mal cerrado sin duda, se abriera, y una porción de útiles de aseo y menudos objetos de adorno se desparrramó por la cubierta.

La Bessière acudió presurosamente en ayuda de la viajera. Se inclinó recogiendo los pequeños objetos perfumados para entregarlos a Amy Jolly, cuyo impenetrable semblante estaba suavizado ahora por una expresión de gratitud.

—Muchas gracias—dijo al mismo tiempo que cerraba el maletín y aseguraba la cerradura.

Y La Bessière quedó cautivado por el encanto de su voz, uno más sobre los cien que la adornaban.

—¿Gracias por tan poca cosa? Reciba usted las mías por el placer de haberla podido contemplar de cerca.

Ella sonrió un poco fríamente. Sonrisa cortés en la que la buena voluntad no había logrado disimular el hastío.

Pero La Bessière no podía desaprovechar aquella magnífica e inesperada ocasión.

—¿Es la primera vez que viene usted a Marruecos?—preguntó.

—Sí.

—Pues yo, en cambio, vengo muy a menudo. Me encanta.

Por toda respuesta, Amy Jolly extendió en unos milímetros su sonrisa fríamente cortés. Estaba visto que aquella mujer no tenía ganas de conversación, ni le interesaba lo más mínimo que su amable interlocutor tuviera predilección o no por el país al que los dos se dirigían.

—Lo digo—continuó La Bessière, en parte a modo de justificación y en parte para prolongar el diálogo hasta donde fuera posible—porque, puesto que usted no conoce Marruecos y yo lo conozco tan bien como mi propio país, acaso pudiera serle útil.

—Muchas gracias, pero estoy segura de no necesitarle.

—¡Quién sabe!... Y perdone mi insistencia, tras la que no existe segunda intención ninguna... Es que... la verdad ¡siento hacia usted una gratitud tan grande!...

—¿Hacia mí? ¿Por qué?

—Señorita, yo soy pintor. Adoro la belleza. Una adoración profunda y respetuosa, porque lo contrario me parecería una ofensa para lo bello. El poder contemplarla—y perdóneme si le parezco impertinente—ha representado un placer inesperado para mi alma.

Por eso me gustaría poder corresponder de algún modo.

—Me considero pagada con su amabilidad—repuso Amy Jolly sin la menor emoción.

—Sin embargo, he aquí mi tarjeta. Si alguna vez necesita la ayuda de un amigo desinteresado, ya sabe dónde puede encontrarme.

Le dió la tarjeta. Ella la tomó, la miró distraídamente y, con una leve inclinación de cabeza, continuó paseando.

El buque acababa de entrar en el puerto.

II

Regresaban los legionarios de una de sus frecuentes expediciones al desierto.

Una alegre marcha militar anunciaba el regreso y cuando descansaba la banda, las cornetas y los tambores se cuidaban de levantar los decaídos ánimos de los héroes.

Pero ¿acaso hacía falta aquella

música para que los legionarios conservaran la marcialidad?

Una densa capa de polvo les cubría de pies a cabeza. Las botas de algunos se habían reventado a causa del continuo y prolongado esfuerzo. Las energías estaban agotadas después de la violenta marcha bajo un sol de fuego y por

tierras áridas y abruptas, que había durado semanas enteras.

Pero bastaba el hecho de encontrarse ya en la ciudad, ante la perspectiva de una temporada de descanso y diversión, para que aquel puñado de héroes se sintieran fuertes en su alegría.

Se veían rostros de todas las razas y que acusaban los caracteres más diversos, rostros, por lo regular, que reflejaban más fiereza que heroísmo y más desprecio a la vida que valor. De todos los rincones del mundo habían llegado hombres capaces de mirar sonriendo a la muerte, para formar aquel cuerpo de leones que era el terror de los moros rebeldes.

Sin embargo, a pesar de su diversidad, estaban íntimamente unidos por una profunda afinidad, relacionada con el peligro.

Gracias a aquella bravura, a aquel continuo vivir en capilla, las mujeres sentían hacia ellos admiración y piedad, dos elementos que lindan con el amor. Y así se explicaba que mientras los soldaditos de infantería y otros cuerpos que apenas salían de la plaza, a pesar

de lo flamante de su uniforme y de su aseo personal, a veces rayano en la coquetería, obtenían múltiples fracasos en sus intentos donjuanescos, los feos y rudos héroes de la legión estuvieran casi tan solicitados como las estrellas del cine.

Por eso ahora, al oír los vivos sonos de la marcha militar que anunciaba el regreso de los legionarios, las ventanas se abrieron y una doble fila de manos femeninas saludó a los que regresaban.

Los llamaban por su nombre. Mantenían con ellos, por señas, rápidos diálogos.

Pero había un nombre que se repetía como un estribillo en todas las calles por donde la legión pasaba. Era el nombre de Tom Brown, un muchacho de aventajada estatura, cabellos rubios y ojos azules que hubiera estado mejor en los estudios de Hollywood que en la legión extranjera.

Tom no tenía tiempo material para contestar a todos los saludos, y lo más notable era que no parecía conmovirse ni envanecerse ante aquella solicitud general.

Saludaba con la mano, siempre alegremente. Aquellos labios tenían sonrisas para todas, pero sonrisas en las que no había el menor vestigio de afectación.

Cuando el batallón se detuvo, en espera del agradable "rompan filas", Tom vino a quedar debajo de una ventana, donde cuatro ojos femeninos, profundos e inmensos, enviaban hasta muy lejos el magnetismo de su mirada.

—¡Tom! ¡Tom!

Y Tom levantó la cabeza. Pero ahora no se limitó a cambiar un saludo con las que le habían lla-

mado, sino que se enredó en un diálogo de mudos con una de ellas.

El cambio de señas terminó con una cita para aquella noche en cierto café cantante de la ciudad. No era extraño, pues cada vez que Tom hacía uso del alfabeto manual terminaba indicando un número con los dedos, el número correspondiente a la hora de la cita.

Y apenas había concretado este extremo con la beldad moruna, el "rompan filas" llevó a su alma y a la de todos los legionarios un hálito de libertad.

III

El café cantante de "El Tinto" era, además del más importante, el más pintoresco de la ciudad.

No se trataba, ni mucho menos, de uno de esos tugurios malolientes que tanto abundan en tierras de moros. Era un cabaret casi aristocrático donde el populacho tenía

sus localidades económicas para que no se mezclara con la clientela de los palcos y de aquellas mesas cercanas al proscenio, donde se descorchaban botellas de champaña y donde el smoking alternaba con el vestido de *soirée* y el brillante uniforme de la oficialidad.

En aquella parte de la sala abundaban los detalles de lujo. En la otra, en cambio, ni siquiera se había atendido a los más elementales de la comodidad.

Esto era obra de "El Tinto", verdadero maestro en los negocios, que quería así dejar bien establecidas las diferencias entre un oficial y un simple soldado raso que requiere la disciplina militar.

En otros muchos detalles se patentizaba el espíritu mercantil de "El Tinto". A los buenos clientes hacía reverencias tan profundas que la frente casi le tocaba al suelo. En cambio, a los que se dirigían a los duros asientos de madera, los envolvía en un olímpico desprecio.

"El Tinto" era de origen italiano y, aunque vestía de frac, no podía disimular que antes había sido un simple vendedor de baratijas. Su codicia y su desaprensión habían realizado el milagro de convertir al buhonero en dueño de un negocio que valía muchos miles de francos.

Conocía y hablaba varios idiomas, pero todos bastante mal. Ni

siquiera el italiano, que era el propio, dominaba, y eso daba lugar a que cada vez que abriera la boca sus palabras fueran acogidas con una carcajada, cosa que, en vez de ofenderle, le complacía sobremanera, ya que representaba un atractivo más en el programa de espectáculos.

Aquella noche "El Tinto" daba muestras de una agitación inusitada. Iba sin cesar de un lado a otro repartiendo órdenes, que era lo único que había repartido en su vida. El sudor humedecía sus erectos bigotes, y su formidable humanidad—tanto en altura como en anchura—hacía crujir las tablas del escenario.

Era que aquella noche debutaba Amy Jolly, una de las estrellas más caras—para "El Tinto" no había "mejor ni peor" sino "más caro o más barato"—, y del triunfo de la presentación dependían los ingresos de varias semanas.

El salón estaba atestado. La silueta de Amy Jolly exhibida en los carteles había atraído a una multitud curiosa de comprobar si, en efecto, aquella mujer era tan

bella como se deducía de los carteles anunciadores.

Entró La Bessière y se fué directamente hacia el coronel que con otras personalidades de la ciudad ocupaba un palco. Los saludó a todos afectuosamente. Eran amigos cuyo conocimiento databa de sus primeros viajes a Marruecos.

Desde allí vió en un palco de enfrente una cara conocida pero cuya personalidad no recordaba. Preguntó a uno de sus amigos y éste le sacó de dudas.

—Es el comandante César.

—¿César? ¡Ah, sí! Pero en mi último viaje era capitán de aviación.

—En efecto. Pero ahora es comandante de infantería.

—Va bien acompañado.

—¿Usted cree?

—¿Usted no?

—Conozco a la dama y sé que no tiene nada bueno.

—No hay que ser muy exigente con las "aventuras".

—No se trata de una "aventura", sino de su esposa.

—¿Y él?

—¿El?... Permítame que me reserve mi opinión.

Fué a saludarlos.

Le bastó contemplar por un momento los rostros para comprender todo lo que su amigo no había querido decirle. César no se mostró tan efusivo como era su costumbre. Estaba distraído; sólo tenía ojos para espiar a su esposa. Era como si en cada mirada, en cada movimiento de ella, quisiera descubrir la prueba de su culpa.

El semblante de la dama también revelaba una preocupación sospechosa. Miraba fijamente hacia la puerta y La Bessière hubiera dicho que con ansia.

Madame César, que así la llamaba todo el mundo, era bella, con una belleza singular, llena de fatalismo, que no podía ofrecer a un hombre la menor garantía.

Sus labios finos, su nariz recta, de aletas palpitantes, sus ojos adormecidos, su tez del color de la cera virgen, componían un rostro que era como la mascarilla de la sensualidad encarnada en una faz de mujer.

Ciego hacía falta estar, y ciego de amor había estado sin duda César, para entregar el honor a una mujer así.

Sin embargo, contemplándola, La Bessière comprendió que su amigo, tan fuerte, tan inteligente, hubiera cometido el gran error de casarse con aquella mujer.

Cuanto más la miraba, más bella le parecía. Su perfil habría podido servir de modelo para los creadores de cuadros religiosos. Rafael habría podido copiar aquel rostro en sus obras geniales, en sus maravillosos retratos de vírgenes. Sólo al mirarla de frente se desvanecía el místico encanto. Entonces se veían sus ojos un poco

oblíquos, rasgados, agitados por tempestades internas de sensualidad; entonces se advertía el palpitante de aquellas aletas y el jadear aquel aliento como en sed continua de satisfacciones carnales.

Y, por si esto era poco, mientras La Bessière hablaba con César, vió claramente, aunque de reojo, cómo ella levantaba su pañuelo de modo que sólo podía interpretarse como señal y cómo, desde la puerta de entrada, un legionario de aventajada estatura y ojos azules, correspondía con una mirada de inteligencia.

Y aun vió más. Vió que César se había dado cuenta de todo.

IV

El legionario que había correspondido a la señal de inteligencia lanzada por madame César era Tom.

Tom—bien claramente se leía

en su rostro—había comenzado a cansarse de aquella pasión como se había cansado de tantas otras. ¿Acaso habría alguien capaz de soportar durante más de una se-

mana la voracidad carnal de aquella mujer, verdadero caso clínico?

Dirigióse el legionario a aquel lado del salón que con tanto desprecio miraba "El Tinto" y se sentó en una de las banquetas de pintado pino, coja por más señas.

No era precisamente su cita de aquella tarde lo que allí le llevaba, ni el recado de madame César anunciándole que allí estaría. No. Lo que le había movido a entrar en el cabaret de "El Tinto" era, de un lado, su necesidad de esparcimiento después de la terrible expedición, y, de otro, aquel cartel en que la graciosa silueta de Amy Jolly constituía una tentación para todo el que la contemplara.

Jamás habían trabajado tanto los camareros, jamás se habían descorchado tantas botellas en el cabaret de "El Tinto", jamás había sudado tanto el pintoresco nieto de los césares.

Comenzó el espectáculo. Bailes al estilo del país, un número de circo, más bailes.

Los pobres artistas pagaban la impaciencia que el público sentía por conocer a la estrella debutan-

te. Rumores, risas, frases llenas de mordacidad que procedían de las mesas ocupadas por los legionarios.

"El Tinto" corría entre bastidores llevándose las manos a la cabeza y lanzando exclamaciones en italiano.

Por centésima vez, se dirigió al camerino de Anny Jolly.

Allí estaba, dando los últimos toques al maquillaje, vestida de smoking, traje varonil que sentaba perfectamente a su cuerpo esbelto y fino, y tarareando una cancioncilla distraídamente.

Bajo el sombrero de copa su rostro adquiría una gracia pícaro de pilluelo, y estaba tan linda que "El Tinto" sonrió satisfecho y lleno de esperanza.

—¡Oh, encantadora! Si por dentro tiene usted la misma gracia que por fuera, ¡un éxito seguro! Por lo que más quiera, guste usted al público. Sonría, sea complaciente, reparta miradas prometedoras y el éxito es seguro.

Salió pero volvió a entrar inmediatamente.

—¡Ah! ¡Se me olvidaba! Bús-

quese un protector. Un oficial. De teniente para arriba. A los soldados rasos no les haga caso aunque le digan que son príncipes rusos. A lo mejor es verdad, porque en la legión hay de todo, pero, por príncipes que sean, no ganan más que setenta y cinco céntimos diarios. ¿Me comprende? No olvide esto, que es muy importante.

Bajó rápidamente la escalerilla que conducía al escenario y volvió a subir para anunciar a Amy Jolly que estuviera preparada.

Bajó al mismo tiempo que se retiraban los artistas del penúltimo número y él mismo corrió las cortinas para dar lugar al breve descanso.

Cuando comprobó que Amy Jolly estaba entre bastidores, abrió las cortinas y avanzó hasta las candilejas.

—Respetable público—dijo a todo pulmón. Y cuando el silencio se hubo restablecido para oírle, añadió con tanto énfasis como si estuviera declamando un poema heroico—: Voy a tener el honor de presentar a ustedes a la sin rival estrella Amy Jolly. El sacrificio

que la empresa ha tenido que hacer para traer de Europa a una artista de semejante categoría es enorme. Pero a esta empresa todo le parece poco para complacer al distinguido y respetabilísimo público que la favorece.

Hizo una seña al director de la orquesta y al mismo tiempo que la orquesta comenzaba a sonar, "El Tinto" se abalanzó sobre la cuerda que servía para descender las cortinas. Tropezó y cayó, pero el daño recibido tuvo la compensación de una carcajada general que sonó en los oídos del dueño del cabaret como el primer indicio del éxito.

Las cortinas se descorrieron al fin y apareció Amy Jolly. Se había producido un silencio de expectación y al silencio siguieron rumores aprobatorios y de protesta, pues los legionarios y los indígenas no querían arte solamente, sino pimienta por arrobas.

Amy Jolly no se inmutó y comenzó a cantar. Era una canción entre sentimental y pícaro titulada "Amor fugaz". Amy Jolly encarnaba en ella a un joven mun-

dano, hastiado de placeres y siempre dispuesto a encadenar el principio de un amor con el fin de otro.

El tipo fué encarnado con gran exactitud por la estrella. En sus movimientos había esa gentil indolencia del hombre mundano y su rostro era como una pantalla por donde pasaban con vivacidad y vitalidad todas las gracias y todas las picardías.

La Bessière estaba embelesado. Ahora le parecía Amy Jolly mucho más encantadora que cuando la viera en el buque, sin duda porque en este momento añadía a su gracia personal la de su arte.

Esta actitud de embobamiento se había contagiado rápidamente a la mayoría del elemento masculino, y cuando Amy Jolly, sin cesar de cantar, bajó del escenario y se deslizó por entre las mesas del público distinguido, el embobamiento se convirtió en algo menos apacible.

Para todos tenía Amy Jolly alguna prueba de cordialidad. A uno le tocaba el sombrero, al otro le tiraba de la punta del pañuelo o le deshacía el lazo de la corbata,

e incluso estampó un beso en los finos labios de una mujer, como si fuese una nueva conquista del joven que ella encarnaba en el cuplé.

Esto provocó una formidable algazara que hizo brincar de alegría a "El Tinto" entre bastidores.

Llegó ante La Bessière. Se detuvo un instante, reconociéndolo, y tomó la copa de champaña que él le ofrecía.

Con cada uno de estos atrevimientos mezclados a la gracia pícaro de la canción, el éxito de Amy Jolly aumentaba.

La Bessière tomó la copa vacía y se quedó con ella en la mano, mirando fijamente a Amy Jolly. Después, cuando ella continuó su camino a lo largo del salón, él tuvo un ligero movimiento de cabeza, un saludo lleno de corrección mediante el que parecía agradecer a Amy Jolly que hubiera aceptado su invitación.

Entonces se convenció la artista de que la corrección extraordinaria de aquel hombre no era una farsa, entonces comprobó que podía aceptarse la amistad respetuosa de que él le había hablado en

el buque, sin temor de que nada pudiera hacerle cambiar de actitud.

Por eso antes de marcharse, Amy Jolly había tenido para La Bessière una mirada de reconocimiento y simpatía.

Al volver al escenario, una salva de aplausos y un enorme griterío atronó la sala. Aquéllos eran del buen público, y las protestas caprichosas, del público soez y de las indígenas envidiosas, y, sobre todo, de la pareja de Tom. Pero, sobre el estruendo, resaltaban las palmadas de un espectador situado en las localidades baratas. Amy Jolly buscó con los ojos al entusiasta y se encontró con la mirada azul del legionario Tom. El era el que aplaudía con tanto ruido. El arte de Amy Jolly le había entusiasmado. También como mujer— ¡naturalmente!—le había gustado Amy Jolly, pero los aplausos, por el momento, eran para la artista.

Amy Jolly sonrió. El estrepitoso homenaje del legionario la conmovía como no la había conmovido el de ninguno de aquellos distinguidos personajes que llenaban los palcos y todo un lado de la platea.

La mirada, un poco infantil, de aquellos ojos azules, valía para ella mucho más que las exquisitas insinuaciones de los oficiales e incluso que la grata corrección de La Bessière.

Aquella sonrisa de Amy Jolly había sido muy diferente a las demás que repartiera por el salón. Estas tenían la afectación de la artista consciente del deber de ser agradable al público. Aquella, la dirigida al legionario Tom, estaba saturada de verdadera simpatía.

De pronto, antes de retirarse, Amy Jolly se quitó una flor que llevaba en el ojal de la solapa y se la lanzó al legionario.

V

"El Tinto" había echado a correr detrás de Amy Jolly cuando ésta se dirigía a su cuarto.

—¡Bravo, bravo, *carissima!* ¡Exito, éxito!

Estaba loco de entusiasmo. El triunfo había superado sus esperanzas. ¡Varias semanas de función a salón abarrotado! ¡Muchos miles de francos de ganancia líquida!

Amy Jolly casi le dió con la puerta del camerino en las narices. Tenía que cambiarse de ropa. Pero "El Tinto", lejos de sentirse ofendido, continuó hablándole desde detrás de la puerta.

No olvide lo que le he dicho. ¡Un protector! De teniente para arriba. Ha hecho usted muy mal en arrojar la flor a un legionario. El buen público lo ha tomado como un desaire. Mejor mal que ha gustado usted extraordinariamen-

te. ¿Va a cantar el cuplé de las manzanas?... ¿Sí?... Pues se me ocurre una idea genial. Venda las manzanas en vez de regalarlas. Cada manzana un franco. El 50 por ciento para usted. Le prepararé el cesto mientras usted termina de arreglarse.

Entretanto, en el salón, el legionario Tom recibía la felicitación bastante ruidosa de sus compañeros por el éxito obtenido con Amy Jolly.

Tom, sonriente, se abanicaba con la flor mientras sus amigos le tiraban del pelo y le daban, en la nuca y espaldas, puñetazos que sólo en la legión podían tomarse como caricias.

Desde los palcos una mirada conturbada por los celos se dirigía hacia Tom. Era madame César, que hubiera deseado tener en los ojos la potencia destructora

M A R R U E C O S

del rayo para destrozar aquella flor y fulminar después a Amy Jolly.

También La Bessière miraba aquella flor que el legionario lucía a modo de abanico. Hubiera querido para él aquella demostración de simpatía, hubiera comprado aquella flor a cualquier precio. Pero no por eso sentía rencor ninguno hacia el afortunado. Si acaso, un poco de envidia, íntima, silenciosa, dominada.

Había vuelto a aparecer Amy Jolly en escena y el silencio se restableció instantáneamente.

Con su vestido de mujer estaba aún más bella que como antes se había mostrado al público. Ahora podían apreciarse encantos que el traje de smoking cubría en "Amor fugaz" y, entre ellos, eran los principales, los más fascinadores, aquellas piernas de delicadeza insuperable, aquella garganta de nieve bajo la que se insinuaban, merced al exagerado escote, las curvas firmes, nacaradas del seno.

La venta de manzanas tuvo el éxito que era de esperar. Todos pagaron de buen grado cantidades

más o menos importantes a cambio de la manzana entregada por aquella Eva incomparable y algunos no tomaban el cambio.

Desde el escenario, "El Tinto", perdida ya toda corrección, señalaba a Amy Jolly las mesas que quedaban por explotar y cada billete que Amy recibía significaba un salto para su corazón.

Cuando todas las mesas inmediatas a los palcos estuvieron servidas, "El Tinto" le anunció que podía regresar, pero he aquí que Amy Jolly, en vez de obedecerle, se dirigió al otro lado de la sala, al ocupado por los legionarios y otras gentes de parecida calaña. "El Tinto" trató de disuadirla. No debía perder el tiempo con aquella chusma. Se quedaría con las manzanas y no cobraría un céntimo. Pero Amy Jolly no le hizo el menor caso. Se abrió paso entre la chusma, como "El Tinto" la llamaba, y haciendo la vista gorda ante las manos que se deslizaban clandestinamente en el interior del cesto, entregó a Tom la manzana que llevaba en la mano, cuidadosamente seleccionada y

apartada cuando empezó a cantar el cuplé.

Tom le hincó el diente y, sujetándola con la boca, hurgó en sus bolsillos hasta dar con su único billete, que entregó a Amy Jolly.

Continuó comiéndose la magnífica fruta y la mano de Amy Jolly se tendió hacia él.

—Toma la vuelta, legionario.

Y, al tomarla, Tom sintió en la palma de la mano un objeto duro que, por su forma, no podía ser una moneda.

Entreabrió la mano y vió que

el objeto era una llave y que, debajo de ella, estaba el billete que había entregado a la artista.

Sabía lo que la entrega de aquella llave significaba. Sabía por experiencia lo que procedía hacer cuando una mujer entrega a un hombre una llave.

Cerró la mano fuertemente, dándose cuenta del tesoro que acababan de depositar en ella y cambió con Amy Jolly una mirada y una sonrisa.

Después acabó de comerse la manzana.

VI

Noche calurosa, casi ecuatorial. La luna, redonda y magnífica, volcaba sobre la tierra raudales amarillos.

A aquellas horas las callejas de la ciudad estaban desiertas. Sin embargo, no reinaba el silencio. Los tugurios de placer, los numerosos establecimientos dedicados al

vicio en todas sus formas, lanzaban al ambiente de la noche el rumor alocado de la embriaguez y la voluptuosidad. Por una de aquellas angostas callejas avanzaba, silbando, el legionario Tom.

Procedió como un hombre debe proceder cuando recibe de una mujer una llave. Se enteró de donde

estaba la puerta que con ella podía abrirse y hacia allí se dirigía ahora, a media noche, cuando ya había terminado el bullicio en el cabaret de "El Tinto".

La puerta que abría aquella llave estaba en el mismo cabaret, como Tom había supuesto.

No era la primera vez que se veía precisado a cruzar, muy avanzada la noche, las calles de la población, para dirigirse a aquel aposento que pertenecía sucesivamente a las estrellas, más o menos mercedoras de tal nombre, que pasaban por el escenario del mejor cabaret de la ciudad.

De pronto, una mujer vestida a la usanza mora le salió al paso.

Iba cubierta hasta los ojos por un holgado manto, cuya blancura se destacaba vivamente en la penumbra de la noche.

—¿Dónde vas?—preguntó la mora.

—¿Quién eres tú para hacerme esa pregunta?

Entonces la dama descubrió su rostro y el legionario reconoció a madame César.

En sus ojos había un resplandor

de amenaza, pero Tom, tan acostumbrado a otras amenazas más terribles, no se inquietó gran cosa.

—¿Cómo se te ha ocurrido la locura de salir de casa a estas horas?

—Estaba segura de encontrarte por aquí. El café de "El Tinto" está cerca. Esa mujer te ha dado una cita.

—Estas imprudencias pueden costarte caras. Tu marido sospecha más de lo que tú crees. A los dos nos conviene seguir cada cual por nuestro camino.

Y, apartando suavemente a madame César, siguió su alegre marcha, amenizada con la música de sus silbidos.

Los puños de madame César se crisparon. Por sus ojos pasó una llamarada de trágico despecho. Y el despecho se convirtió en odio al ver la indiferencia con que Tom se alejaba, silbando y sin volverse.

Abrió el legionario la puerta con suma facilidad. La había abierto otras veces y conocía los defectos de la cerradura.

No había nadie. Tom comprobó que la habitación no había sufrido ningún cambio. A un lado, una

chaise-longue. Al otro un piano. Un velador en el centro. Un tocador, un espejo, flores. El dormitorio oculto por cortinas de terciopelo.

Aquella habitación servía de vivienda y camerino a las estrellas del cabaret. Tom no había entrado nunca en ella a las horas de representación, que las estrellas dedicaban invariablemente a los moscones de frac. El entró siempre después de la representación, cuando el cabaret estaba cerrado y la artista había dedicado exclusivamente a él sus atenciones.

Aunque no oyó el menor rumor detrás de las cortinas de terciopelo, estaba seguro de que Anny Jolly se hallaba tras ellas.

Cogió un pay-pay que había sobre el piano y, abanicándose, avanzó hasta el centro de la habitación. Estuvo curioseando los nuevos objetos decorativos que llenaban el velador, los nuevos útiles de aseo y maquillaje que sobre el tocador se veían y, finalmente, se sentó en la *chaise-longue*, de espaldas a las cortinas de terciopelo.

No le dominaba la menor impa-

ciencia. El semblante del legionario daba la sensación de que su ánimo, acostumbrado a emociones más internas, repetidas en cada expedición y en cada combate, no reaccionaba a las ondas más suaves de la pasión amorosa.

Entrechocaron de pronto a sus espaldas las anillas metálicas del cortinaje. Tom se levantó.

Allí estaba Amy Jolly, en un *déshabillé* de color negro y permitiendo comprobar que también eran negras otras prendas más íntimas.

Al contrastar con el negro profundo del crespón y los encajes, aquella piel, blanca como la espuma, cobraba un realce que deslumbraba.

Amy Jolly, vestida así, estaba fascinadoramente bella. Tom comprendió la tardanza de su aparición. Estaba buscando ante el espejo aquel efecto que sin duda produjo y que sólo un hombre de la entereza de Tom pudo disimular.

Ella le tendió la mano.

—¿Esperaba usted a alguien?—
inquirió él mientras la estrechaba.

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—La veo a usted tan... hermosa.

—¿Acaso le parezco distinta a cuando me ha visto en el escenario?

—Distinta, no. Simplemente más bella. ¿Se puede saber a quién espera usted? ¿Molesto?

—Es usted el único que en este momento no puede molestar aquí. ¿Me comprende?

—Sí; quiere usted decir que era a mí a quien esperaba.

Amy Jolly estaba un poco sorprendida ante la frialdad de Tom, pero al mismo tiempo, advirtió otros detalles que la movieron a no aludir a aquella impresión no del todo halagadora.

Comprobó la artista la esbeltez de aquel talle, la belleza viril de aquel rostro, el armónico contraste del azul de los ojos con el rubio de los ondulados cabellos.

—¿Quiere una copa de coñac?

—Mejor de ginebra. ¿Puede ser?

—Puede ser. Ese pequeño armario está bien provisto.

Y señalaba a un armarito inmediato a las cortinas de terciopelo.

—Lo sé. Eso es obra del pintoresco dueño de esta casa. Sabe que sus estrellas han de ser amables con los visitantes distinguidos.

—Ha acertado usted.

Y le ofreció una cajita que había sobre el velador.

—¿Un cigarrillo?

—Gracias. Eso siempre viene bien.

Mientras Tom lo encendía, Amy Jolly sacó la botella de ginebra. Llenó una copa y se la entregó a Tom.

El, antes de beber, miró las manos de ella.

—¿Y usted? ¿No bebe?

—No.

—No le gusta la ginebra.

—No me gusta ninguna bebida. Tomapuró la copa.

Después dirigió una mirada en torno suyo.

—Ha embellecido usted este lugar—dijo.

—Por lo visto está usted muy enterado de las cosas que pasaban antes en esta habitación. ¿Venía usted con frecuencia?

—Con frecuencia, no.

—Pero venía.

—Sí.

Amy Jolly se dirigió a la *chaise-longue*. Se dejó caer en ella con indolencia. Puso una pierna sobre la otra. Era realmente magnífica la perfección de aquellas suaves columnas enfundadas por las medias desde más allá de la rodilla redonda al tobillo fino, al alto empeine, al menudo pie.

En su rostro se dibujaba ahora una mueca de frialdad y hastío. Pero ¿era sincera Amy Jolly? ¿No sería aquel gesto, aquella actitud consecuencia de la que había advertido en el legionario? ¿No sería que Amy Jolly se sentía un poco humillada por aquel hombre al que con tanta facilidad había entregado la llave de su habitación? ¿No era como una ofensa para su orgullo de mujer aquella tranquilidad en el que ella había esperado encontrar el ardor y el entusiasmo de quien obtiene un obsequio inesperado e inestimable?

Acaso lo comprendió así Tom, pues con una solicitud que le fué fácil aparentar, se sentó en la *chaise-longue*, a espaldas de ella y co-

menzó a abanicarla con el *pay-pay*.

—Hace calor ¿verdad?

—Bastante.

—En un día así sólo se está bien sentado o acostado, callando y mirando, recreándose silenciosamente en la contemplación de las cosas bellas.

Y como el cuerpo de Amy Jolly estaba ligeramente inclinado hacia atrás, como su cabeza estaba muy cerca de la de Tom, como el legionario le llevaba un palmo en estatura, él pudo mirarla por encima de la frente, mientras la abanicaba con suavidad, como acariciándola.

Estuvieron así un momento, sumidos en un dulce mutismo. Ella, después de varios intentos solapados, miró francamente, profundamente, los ojos azules de Tom. Se fascinaron mutuamente y llegó el momento inevitable en que el abanico cayó de la mano de él porque necesitaba los brazos para rodear el cuerpo de Amy Jolly.

Después del beso en que uno y otro aspiraron nuevas maravillas, delicias ignoradas, Amy Jolly cre-

yó que Tom no podría continuar mostrándose indiferente. Ahora estaba atado a ella, enlazado a su cuerpo y a su alma por una fuerza superior a la entereza del legionario.

Se levantó. Se dirigió al piano, tecléo distraídamente y se aventuró a decir:

—Ahora váyase.

Se levantó Tom y contestó con la mayor naturalidad:

—Perfectamente. No ha de costarle deshacerse de mí. Soy un hombre dócil y comprensivo.

Ya se dirigía hacia la puerta cuando Amy Jolly, viéndose perdida, advirtiendo la decisión del soldado, le sujetó con estas palabras:

—Por lo visto le son indiferentes las mujeres.

—No he tenido la suerte de tropezarme con una que me quitara esta indiferencia obtenida tras el primer desengaño. Sin embargo, usted es admirable, Amy Jolly: esta es la verdad.

Había en su voz una grave sinceridad que aumentó en Amy Jolly el buen concepto que había for-

mado del legionario. Indudablemente, aquel hombre era muy distinto a los demás. Aparte el interés de su indiferencia por lo que a todos entusiasmaba, tenía el encanto de la sinceridad, don que a la artista parecía inverosímil en un hombre que habla a una mujer.

—Adivino que hay en su vida algún hecho inolvidable.

—Nada de eso. Un episodio desgarrador, pero que fué fácilmente olvidado. Vine aquí huyendo de él. Llevo tres años en la legión. Sólo este hastío desolador por todo me ha quedado. Ya no me importa nada. No puede importarme, como a ningún legionario. Está nuestra alma anestesiada a fuerza de jugarnos la vida. Por otra parte, si nos importara alguna cosa ¿cree usted que podríamos estar en la legión, donde nunca sabemos si veremos salir el sol del nuevo día?

Amy Jolly estaba sobrecogida. En su vida había amarguras, pero nunca pudo creer que existieran aquellas trágicas desolaciones que permitían a una persona encogerse de hombros ante la muerte.

Se sintió fuertemente atraída hacia aquel hombre, porque ahora a la profunda simpatía, a la admiración que sentía hacia él se sumaba la piedad.

Ya no le importó gran cosa humillarse ante su frialdad. Ahora comprendía aquel hastío.

—¡Es horrible!—dijo con angustia.

—No lo veo yo así. Ya lo habrá usted deducido de mi actitud. Y como la víctima soy yo y a mí no me importa, no tiene usted por qué horrorizarse. Me apenaría causarle preocupaciones... Pero dígame. También usted parece que tiene un gran dolor en la vida. También parece un poco fatigada de lo que otras juzgarían como la mayor felicidad...

Se detuvo. Una pregunta había muerto en sus labios antes de nacer.

—Algo iba a preguntarme—adivinó ella.

—En efecto, pero...

—Pregunte. Quiero ser tan franca como usted.

—Pues bien. ¿No tiene usted a

nadie en la vida que la ayude a sobrellevar su cruz?

—No tengo a nadie.

—Es extraño.

—Para mí, no. No he encontrado al compañero que ya me he cansado de buscar. El hombre capaz de consolarme no ha pasado por mi vida y ya no creo que pase.

—Eso no puede usted decirlo.

—He perdido las esperanzas. Ya no puedo sentir una ilusión. Ya no la sé sentir. Todos empiezan con la locura, con la adoración ciega, con las promesas imprevistas, y todos acaban con el desdén, el miedo, la huida...

—No ha tenido usted suerte...

—Hay cierta clase de mujeres, entre las que me encuentro incluída, que nunca la tenemos. Formamos una especie de legión extranjera en la lucha por la vida, con la agravante de que nuestros sacrificios, nuestros sufrimientos no son premiados con condecoraciones, ni ascensos, ni dádivas.

La voz de Amy Jolly había cobrado un matiz un tanto ronco y saturado de trágica emoción.

Hasta Tom se sintió conmovido.

—¿Puedo ayudarla?

—¿Se cree usted capaz de devolverme la fe en los hombres?

—La verdad, no me siento capaz de eso.

—Claro que no.

—¡Ojalá pudiera!

—Y ahora váyase. Empieza usted a gustarme demasiado.

El le tendió la mano. Se miraron fijamente.

—¿Por qué no te habré conocido cuatro años antes?

—Es verdad. ¿Por qué no nos conoceríamos cuando aun teníamos el tesoro de nuestra fe?

VII

Otra vez madame César le salió al paso y otra vez el legionario la apartó de su camino.

Pero ahora la escena tuvo un espía. El comandante César, que vigilaba de cerca a su esposa y más aquella noche en que había sorprendido la señal de inteligencia cambiada con el legionario en el cabaret, vió perfectamente, oculto en el quicio de una puerta, cómo su esposa salía al encuentro de Tom y cómo él se libraba de ella con poca ceremonia.

Y vió algo más, algo de extrema

importancia y que había de complicar la vida de los protagonistas del hecho y la suya propia.

Cerca había una casa de placer. Por la ventana abierta salían rumores de músicas orientales y danzas moriscas, junto a los rugidos de celo de los espectadores.

Madame César se dirigió a aquella ventana, llamó a dos mozos, habló con ellos rápidamente, les entregó dinero y un puñal y les señaló a Tom, que acababa de entrar en busca de sus compañeros. Como no los encontrara, volvió a

salir. Inmediatamente le salieron los moros al paso. Uno de ellos se abalanzó sobre Tom para sujetarlo, mientras el otro blandía el puñal.

Pero Tom era más fuerte de lo que su actitud siempre tranquila dejaba entrever y se libró fácilmente de ellos a puñetazos. Uno de los moros se hirió al caer. Su cabeza chocó con el canto de una piedra. Y entonces se trocaron los papeles. Las víctimas fueron los moros, sobre todo el herido, que lanzaba gritos desaforados.

Tom advirtió la conveniencia de darse a la fuga y apenas dió dos pasos se encontró con madame César. Comprendió por su mirada que era ella la autora de todo aquello y obtuvo la plena confirmación de sus sospechas cuando madame César le escupió al rostro estas palabras llenas de odio y de amenaza:

—Esta vez te has escapado, pero te aseguro que no quedarán así las cosas.

De pronto se unió a ellos Amy Jolly.

Tom le dirigió una mirada de sorpresa.

—¿A qué has venido?

—He salido a buscarte—repuso ella—. Me he arrepentido de dejarte marchar.

—¡Has sido una imprudente! ¡Vámonos de aquí! ¡La cosa se pone fea!

Era que habían acudido en auxilio de los caídos algunos compañeros que oyeron sus gritos desde el tugurio.

La primera en darse a la fuga, comprendiendo el peligro en que se hallaba, fué madame César. Inmediatamente, Tom cogió en brazos a Amy Jolly y la condujo a su casa.

—¡Cuidado con que vuelvas a salir!

Y echó a correr hacia el cuartel.

El comandante César había salido de su escondrijo. Acudió al grupo de gente que se había formado alrededor de los protagonistas de la escaramuza.

Hizo que le contaran lo que había sucedido como si no lo supiera, y el moro que no estaba herido lo explicó a su modo, es decir, echán-

dole todas las culpas a Tom, cosa que al comandante César no pareció mal, pues desde aquella noche sentía un odio a muerte hacia el donjuán de la legión.

* * *

El mismo comandante César se había encargado de resolver el asunto, del que se limitó a dar cuenta a los superiores.

Se habían corrido rápidamente por la ciudad las voces de que un legionario iba a ser fusilado por una cuestión en la que estaba mezclada Amy Jolly, la estrella del cabaret de "El Tinto".

La Bessière se apresuró a acudir al cuartel para aclarar lo que hubiera de cierto en todo aquello, y cuando entró en el despacho de César vió que en aquel preciso momento estaba interrogando al legionario que la noche anterior motivara la seña de la esposa del comandante. El asunto se le presentó entonces más complicado de lo que el rumor público le dejara entrever.

—Perdón, comandante. No sabía que estaba usted ocupado.

—Quédese. Esto es muy interesante. Ahora vendrá una persona que creo le interesa a usted.

El legionario Tom, aprovechando este momento de distracción del comandante, sacó y encendió un cigarrillo. El sargento que lo escoltaba se apresuró a quitárselo de la boca y arrojarlo al suelo.

Entonces, Tom introdujo las manos en los bolsillos y comenzó a silbar, que era lo que hacía siempre que estaba aburrido.

También se lo impidió con malos modos el celoso sargento.

—¿Es que aquí no se puede hacer nada?—protestó Tom.

—Lo que tienes que preguntar es lo que te harán a ti.

Le distrajo la voz del comandante.

—Es inútil que siga usted disimulando. Se sabe, porque alguien lo vió, que, después del suceso, estaba usted hablando con una mujer cuando llegó Amy Jolly, a la que usted cogió en brazos para llevársela. ¿Quién era esa mujer?

—Usted lo ha dicho, Amy Jolly.

—Le pregunto por la otra.

—La otra no existe.

—He dicho que alguien le vió a usted hablando con la otra.

—No sé por qué mujer me pregunta, mi comandante.

—Creo que sabe usted demasiado.

La puerta se abrió para dar paso a Amy Jolly. Llevaba un gracioso vestido de mañana que llenó de alegría el ambiente. Los soldados que hacían escolta al acusado se animaron visiblemente. El comandante y La Bessière se pusieron en pie.

—Le agradezco mucho que haya venido—dijo César tendiéndole la mano.

—¿Cómo no había de venir si el asunto que se trata de resolver me interesa tanto como a usted puede interesarle?

—Lo supongo, puesto que a esa hora estaba usted con él.

—Hemos quedado en que llegó después del suceso, mi comandante—intervino Tom.

—No hable usted hasta que le pregunten.

Y añadió dirigiéndose a Amy Jolly:

—¿Es cierto que llegó usted después?

—Llegué en el preciso momento en que la lucha terminaba.

—Perfectamente. Entonces vería usted cómo el legionario Tom agredía con un arma a dos hombres indefensos.

—Vi perfectamente — recalcó Amy Jolly—que ni el legionario llevaba arma ninguna, ni sus enemigos estaban indefensos.

—Se encontró en el suelo un puñal.

—Cayó de la mano de uno de los moros.

—Y, dígame, ¿no es cierto también que el legionario Tom estaba hablando con otra mujer cuando usted llegó?

—Cierto.

—¿Quién era esa mujer?

—No lo sé. ¡Ojalá lo supiera! Me interesaría conocerla, se lo aseguro.

—Está visto—intervino La Bes-

sière—que hay que desistir de averiguar quién era esa mujer.

—¿Por qué?—inquirió el comandante.

—Porque nadie la conoce.

—¿Y si resultara que la conozco yo?—preguntó el comandante con sarcasmo.

—Si la conociera usted, mi comandante—dijo Tom con valerosa decisión—, sería el menos indicado para decir quién es.

El comandante le dirigió una mirada fríamente retadora.

—Comprendo que su actitud es muy noble, pero no puede complacerme que sea precisamente usted el que defienda a mi esposa.

Hizo una seña a los soldados que le acompañaban y éstos se llevaron a Tom, al que la escena no parecía haber impresionado lo más mínimo.

El comandante César se fué también, pidiendo a La Bessière le excusara un momento, y en la habitación quedaron a solas el artista y Amy Jolly.

—Esta mañana está usted encantadora—dijo La Bessière acercándose a ella.

—Para usted siempre lo estoy.

—En efecto.

—No sospechaba verle aquí.

—Yo, en cambio, sí que sabía que había de verla a usted. Por eso he venido.

—¿Y por qué lo sabía?

—Porque la culpa recae sobre una persona que le interesa a usted demasiado.

—Acaso haya dado usted con la palabra exacta: “demasiado”.

—Pues lo siento por usted. Ese pobre muchacho no debe estar tranquilo. Ser enemigo del comandante César es lo peor que podía sucederle.

—¿De veras cree usted que le costará la vida?—preguntó Amy Jolly ansiosamente.

—¡Qué sé yo!

—¡Oh, es horrible!

Entonces La Bessière tuvo la mejor ocasión para demostrar hasta donde llegaba su nobleza.

—El comandante César es muy amigo mío. ¿Quiere usted que la ayude?

—No.

—¿Por qué?

—Porque sé cómo terminan

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

esos favores. Siempre se me exige que corresponda.

—Es absurdo que piense usted en este caso. Si yo abrigara alguna mala intención, habría empezado por no ofrecerme a salvar a un hombre que en ese caso habría de considerar como rival.

Amy Jolly quedó pensativa. El argumento empleado por La Besiére era por demás evidente.

—Tiene usted razón. No tengo

derecho a dudar de quien sólo muestras de caballerosidad me ha dado. Ahora soy yo la que le suplico que ponga su influencia al servicio de Tom.

—Lo haré con mucho gusto.

—¿Cuándo podrá decirme algo?

—Esta misma noche.

—Venga usted a mi camerino.

—Gracias.

—Soy yo la que debo darle las gracias a usted.

VIII

Le despertó el ruido de la puerta al abrirse.

El sargento, aunque buen muchacho, muy gruñón, le dió lo que él creía gran noticia.

—Estás libre. Mañana partirás con el comandante hacia el Sahara.

Tom se incorporó en el camastro.

—¿Qué has dicho? Repítelo.

—Que estás libre.

—No, lo otro.

—Que mañana partes hacia el Sahara.

—¿Con el comandante César?

—Naturalmente.

—Lo natural es que no quiero salir de aquí. Prefiero el calabozo a que me den un tiro por la espalda.

—No has comprendido. Mañana nos vamos hacia el Sahara.

—Eso es otra cosa. ¿Estoy libre desde este momento?



Bajo el sombrero de copa, su rostro adquiría una gracia pícar.



Cerró la mano fuertemente, dándose cuenta del tesoro que acababan de depositar en ella.



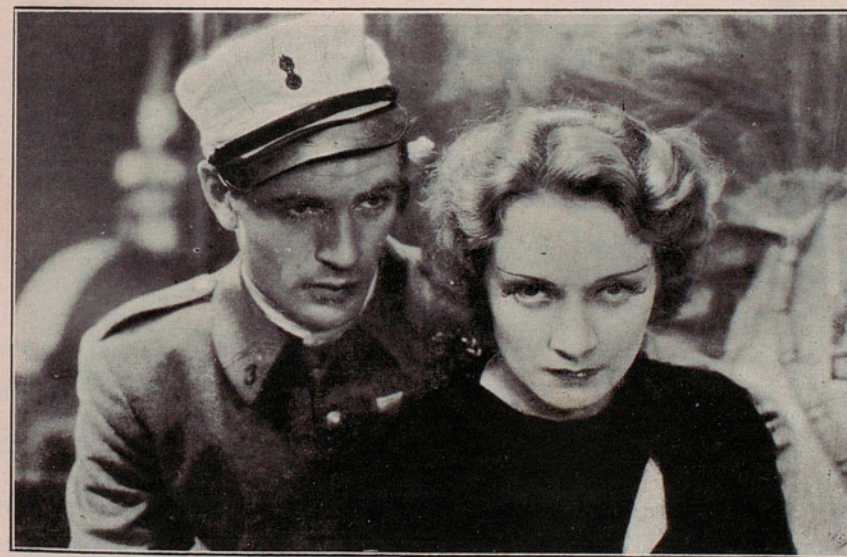
Tom se levantó.



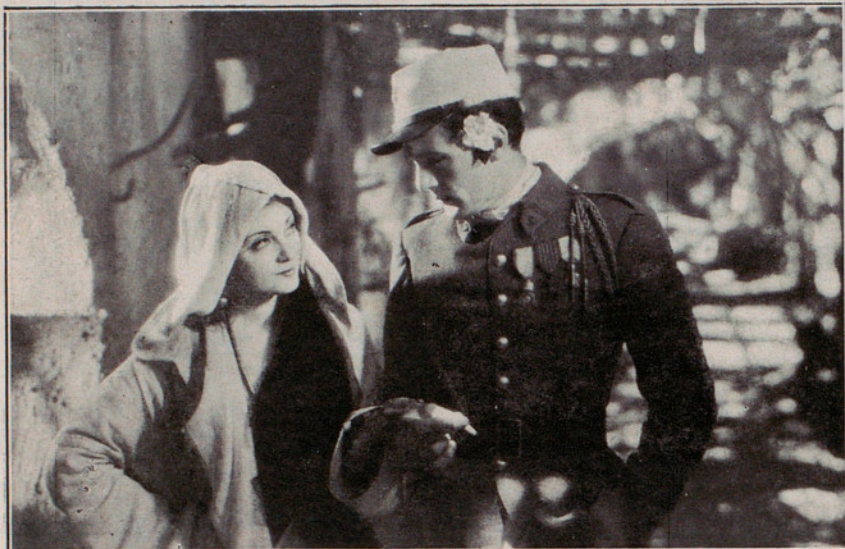
— Ha embellecido usted este lugar.



— La veo a usted tan... hermosa.



... se sentó en la *chaise-longue*, a espaldas de ella.



Otra vez madame César le salió al paso.



Dejó a La Bessière en el mismo camerino...



El comandante le dirigió una mirada friamente retadora.



—Es que mañana parto para el Sahara y he venido a despedirme.



— No te vayas.



— El caso es salvar la vida.



— ¿Y si yo te acompañara?



Allí estaba, en efecto, rodeado de mujeres...



— ¿En qué piensas ?



— ¿Dónde está el legionario Brown ?

M A R R U E C O S

—Sí, pero esta noche no puede salir nadie del cuartel.

—¡Bah! Eso corre de mi cuenta.

* * *

Aun faltaba una hora para la salida de Amy Jolly y ya estaba La Bessière en el camerino.

“El Tinto”, al saber que deseaba visitar a la estrella y que ésta le había citado, se apresuró a conducirlo por la escalerilla del escenario haciendo toda clase de reverencias.

Si hubiera sido Tom el que fuera a visitarla, el recibimiento por parte de “El Tinto” se habría diferenciado mucho del dispensado a La Bessière, hombre cuya riqueza nadie ignoraba en la ciudad. A Tom, en vez de servirle de guía, le habría prohibido la entrada.

Dejó a la Bessière en el mismo camerino y se fué haciendo reverencias. Sin duda estaba de suerte. La primera alegría de la jornada la recibió al levantarse y conocer el escandaloso incidente en que el nombre de Amy Jolly estaba mez-

clado. Aquello significaba para la estrella y, por lo tanto, para su cabaret, un reclamo estupendo. La segunda alegría había sido la de saber que el legionario Tom difícilmente saldría con bien de aquel tropiezo, lo que quería decir que el camino de Amy Jolly estaba ya libre del obstáculo que el donjuán de la legión había representado para ella desde el primer momento. Y la tercera alegría era aquella que acababa de recibir al enterarse de que Amy Jolly había dado una cita a La Bessière. Amigos así eran los que le convenían. Con un La Bessière al lado, a ninguna mujer podía ocurrírsele pedir aumento de sueldo.

Apenas se vieron libres de la interesada obsequiosidad del dueño del cabaret, Amy Jolly preguntó a La Bessière ansiosamente:

—¿Sabe usted algo de él?

—Sí.

—¿Bueno?

—Desde luego no lo fusilarán.

—¡Oh! Me ha quitado usted un gran peso de encima. Me sentía un poco culpable.

—¿Culpable usted?

—Sí.

—Pues no lo comprendo.

—Es indudable que anoche no hubiera ocurrido nada de no venir Tom a visitarme.

—Pero, más tarde o más temprano, habría sucedido. El comandante sabía ya más de lo que ellos creían. Tom no estaba dispuesto a reanudar las relaciones. Indudablemente, sucedió lo que tenía que suceder.

—¿Quién sabe! A lo mejor, una expedición oportuna... Cualquier incidente, por insignificante y trivial que sea, pueda desviar el rumbo de una vida. En fin, lo cierto es que su vida está a salvo.

—De momento.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que mañana parte con sus compañeros, para una lejana y dura expedición mandada por el comandante. ¿Se da usted cuenta de lo que esto significa?

Los ojos de Amy Jolly se abrieron con un gesto de horror.

—¿Cree usted al comandante capaz de matarlo?

—Eso es lo de menos, pues Tom estará siempre prevenido. Pero en

esas expediciones las empresas peligrosas, casi mortales de necesidad, se suceden. ¿No le parece que en esos casos será siempre Tom el elegido?

—Es verdad... es verdad...—repuso la artista sordamente.

—Veo que no es el remordimiento lo que la inquieta, sino él, de quien se ha enamorado con una rapidez incomprensible.

—¿Está usted seguro de que le amo?

—¿Acaso usted no lo está?

—No... Es más. No deseo amarle.

—¿Es usted sincera?

—Con usted lo seré siempre.

—Gracias. Eso me anima a extremar mi egoísta amabilidad con usted. Acepte este recuerdo.

Le entregó un estuche. Amy Jolly quedó deslumbrada al abrirlo. Contenía un magnífico collar de perlas.

—No puedo aceptarlo—dijo al mismo tiempo que se lo devolvía.

—¿Acaso no le gustan las perlas?

—Me encantan. Pero no se tra-

ta de eso. Es que debe de valer una fortuna.

—¿Y teme usted considerarse demasiado obligada?

—No lo podría remediar.

—Pero usted podría corresponder con creces al obsequio sólo asegurándome su buena amistad.

—¿Nada más que amistad?

—Con eso me conformaría aunque mi deseo sería obtener mucho más, muchísimo más, el máximo de lo que usted podría darme.

—Hable claramente. ¿Qué petición hay detrás de ese collar?

—Vamos a dejar el collar a un lado. Me parece muy mezquino mezclar mi petición con un objeto, por mucho valor que éste tenga.

Dejó el collar sobre el piano.

—Y ahora voy a hacer la petición. ¿Quiere usted casarse conmigo?

Amy Jolly le miró incredulamente.

—¿Ha pensado usted bien lo que acaba de decir?

—Siempre pienso mucho las cosas antes de decirlas. Y creo que ni una sola vez he tenido que arre-

pentirme de mis promesas o de mis decisiones.

Ella, tras una pausa, contestó firmemente:

—Gracias, pero no puedo aceptar.

—¿Aceptaría usted si no hubiera conocido a Tom anoche?

—Tampoco.

La Bessière ocultó con una sonrisa de resignación otra de amargura.

—Entonces no debo insistir.

—Pero yo me creo obligada a darle una explicación, y la explicación es que no le amo ni creo que llegaría a amarle.

—¿Cree usted imprescindible su amor para dejarse amar por mí?

—Imprescindible... no. Creo que podría llegar a ser feliz a su lado, pero usted merece algo más que una tierna gratitud.

—No debo insistir, pero sí justificar mi proceder. Esto no ha sido un entrometimiento entre usted y Tom. Si no hubiera pasado nada, si Tom tuviera que continuar aquí, yo no habría desplegado los labios. Pero ese joven se va, si no

para siempre, sí para mucho tiempo. Y usted quedaría sola y libre. Por eso he osado pedirle que se case conmigo.

—Sobran esas explicaciones, amigo La Bessière. Créame que siento no poder corresponder a ese amor tan generoso.

IX

Todo este diálogo había sido escuchado por Tom desde la puerta.

Tom, a pesar de la prohibición, había salido del cuartel aquella noche, sólo para despedirse de la única mujer que le había inspirado algo más que un capricho pasajero.

Comprendiendo que su visita no sería grata al dueño del cabaret, con la misma furtividad con que salió del cuartel se deslizó hasta el camerino. Llamó a la puerta, pero tan suavemente que ni Amy Jolly ni la Bessière, absortos en su interesante diálogo, le oyeron.

Tom, en cambio, oyó perfectamente aquella frase: "¿Quiere usted casarse conmigo?", y le pro-

dujo tanta sorpresa que se quedó inmóvil, y, aun sin querer, escuchando. Realmente, le interesaba oír la respuesta de Amy Jolly, que recibió con una mezcla de pena y alegría, la alegría de que el obstáculo surgido entre la artista y él desapareciera, y la pena de la separación irremediable e inminente.

Cuando la cuestión estaba suficientemente aclarada, cuando comprendió que su interrupción no podía ser un perjuicio para uno ni para otro, golpeó la puerta energicamente.

Oyó la voz de Amy Jolly permitiéndole entrar, y abrió y cerró la puerta a sus espaldas.

Amy Jolly cambió de expresión.

M A R R U E C O S

—¡Oh, Tom! No le esperaba.

—Es que mañana parto para el Sahara y he venido a despedirme.

—Entonces me retiro—dijo La Bessière—. Sin duda tendrán ustedes que hablar.

Estrechó la mano de Tom.

—La empresa es peligrosa y dura. Le deseo a usted buena suerte.

—Gracias. Falta me hace.

Apenas quedaron solos, Amy Jolly se arrojó en brazos de Tom.

—El corazón me dice que no volverás.

—Es lo más probable.

—No te vayas.

—¿Que no me vaya? Eso no puede ser a menos que...

—¿Qué?

—Algo de eso había pensado, pero sería preciso huir.

—Naturalmente.

—Había pensado tomar el barco que dentro de media hora partirá para Europa.

—Es una gran idea.

—Pero... puestos a separarnos, me daría lo mismo irme hacia el norte que hacia el sur. ¿No te parece?

—El caso es salvar la vida.

—Sería estúpido que ahora me preocupara de eso, después de tres años de galanteos con la muerte.

Entonces, Amy Jolly, preguntó:

—¿Y si yo te acompañara?

—Sólo así no volvería al cuartel esta noche.

—No hay más que hablar. ¿Dices que falta media hora para la salida del buque? Espera dos minutos. Voy a arreglarme.

Desapareció detrás de las cortinas.

Durante la espera, los ojos de Tom se posaron en el magnífico collar que La Bessière había dejado sobre el piano.

Lo examinó detenidamente, absorto en repentinas sugerencias. Dejó el collar para coger el sombrero de copa y el bastón con puño de oro que se había dejado La Bessière en el camerino, sin duda porque pensaba volver.

Todo aquello le hizo pensar en la espléndida proporción que la Bessière representaba para Amy Jolly, y, por consiguiente, en la oportunidad que iba a perder huyendo con él hacia Europa.

Y ¿no quería eso decir que él tenía parte de culpa en el error que Amy Jolly iba a cometer? Y si él era culpable ¿no resultaba evidente que estaba en su mano evitar el error?

¿Cómo? Marchándose. Si Amy Jolly huía con él, iba hacia un porvenir obscuro. En cambio, si se quedaba con La Bessière, tenía asegurada una vida feliz y tranquila.

Inmediatamente tomó Tom la determinación de marcharse. Buscó en el tocador los lápices que Amy Jolly usaba para maquillarse, cogió el blanco y escribió con él en el espejo:

HE CAMBIADO DE PENSAMIENTO.
ADIÓS.

Después salió del camerino silenciosamente.

X

Las primeras horas de la mañana. Sin embargo, en la ciudad había la misma animación que si fuera mediodía.

Era que la legión se había formado para partir y las novias, amigas, esposas o amantes de los legionarios se habían lanzado a la calle para despedirles.

También había salido ya de casa Amy Jolly. También quería dar su

último adiós al legionario amigo.

La Bessière se había ofrecido a acompañarla. Por eso se presentó en un magnífico automóvil en medio de la chuma que llenaba la plaza.

Había tantas mujeres como legionarios. La mirada de Amy Jolly recorrió anhelante los bulliciosos grupos y La Bessière la oyó exclamar de pronto:

M A R R U E C O S

—¡Allí está!

Allí estaba, en efecto, rodeado de mujeres. Abrazaba a unas, estrechaba la mano a otras. A algunas se limitaba a acariciarlas la barbilla.

Amy Jolly bajó del auto y se dirigió con decisión al alegre grupo. Se abrió paso entre los que rodeaban a Tom y se colocó donde él pudiera verla.

En aquel momento Tom abrazaba a una de las jóvenes más rollizas y más guapas del grupo. Su mirada no se alteró al descubrir a Amy Jolly, y ella, un poco desconcertada por aquella indiferencia, dijo tímidamente:

—He venido a decirle adiós.

El le tendió la mano sin interrumpir el abrazo a la vehemente moza.

Ella se la dejó estrechar con una mezcla de pena y despecho.

Reía Tom mostrando sus blancos dientes.

Amy Jolly volvió al lado de La Bessière, que, grave, erguido, correcto, esperaba junto al auto.

—Parece que no vuelve usted satisfecha de la despedida.

—Las despedidas son siempre tristes.

Callaron. De pronto, llenó el espacio la vibración metálica de una corneta. Carreras, voces. Y, ya en perfecta formación, los legionarios partieron.

Poco a poco, la plaza fué quedando sumida en un silencio angustioso y pesado. La cuádruple fila de legionarios se perdía en la llanura abrasada por el sol.

De pronto, vio Amy Jolly algo que la sorprendió sobremanera.

Siguiendo las huellas de la columna, un pequeño grupo de mujeres avanzaba. Iban cargadas con fardos. Algunas tiraban de cabras y otras se servían de borricos para el transporte del equipaje.

—No sabía que hubiera mujeres en la legión.

—No son precisamente legionarios, Amy Jolly. Son las esposas, las compañeras de algunos legionarios que no se resignan a abandonarlos en su infortunio. Quieren compartir con ellos todas las penalidades y peligros de las duras y largas expediciones y los siguen

a todas partes con la *casa* a cuestas. Por eso las llaman "la retaguardia."

—¿Y así van siempre?

—Siempre. Son como esos seres nómadas, de razas incultas, que van de un lado a otro, con su tien-

da a cuestas, desde que nacen hasta que mueren.

—¡Bah! Eso son locuras. Esas mujeres están locas.

Pero La Bessière repuso:

—No. Amy Jolly. Esas mujeres aman de verdad.

XI

Al llegar al cabaret, La Bessière se encontró con que "El Tinto" estaba desolado.

—¿Qué le pasa, amigo?

—¡Oh, monsieur La Bessière! ¡Esa mujer, esa mujer!...

Y señalaba el camerino de Amy Jolly.

—¿Qué le sucede a esa mujer?

—¡Está loca! ¡Va a ser mi ruina! Anoche no trabajó. Hoy se niega también a salir a escena. Además, no se le puede decir nada. Está hecha una furia. Cada vez que he intentado entrar me ha arrojado una cosa a la cabeza.

—Veremos si tengo mejor suerte.

—Si quiere que le dé un consejo no entre. Ahora estará todavía mucho más borracha que antes.

—¿Cómo? ¿Ha bebido?

—Más que ayer.

Y cuando "El Tinto" creía que La Bessière iba a dar media vuelta para marcharse, vió con sorpresa que se dirigía al camerino de Amy Jolly.

Todavía quedaban héroes en el mundo.

* * *

Amy Jolly, en efecto, había bebido. Recibió a La Bessière con

una carcajada, pero, tras ella, pudo percibir el pintor las huellas del reciente llanto.

Llevaba un vestido que se había puesto por primera vez.

—¿Le gusto?—preguntó a La Bessière mostrándose con un gesto que era casi una oferta.

—Ya sabe usted que me gusta siempre.

—En prueba de gratitud voy a invitarle a una copa de champaña.

Llenó dos copas. La Bessière no tocó la suya. Amy Jolly, en cambio, se la llevó en seguida a los labios como si tuviera prisa por vaciarla.

El la detuvo con esta pregunta:

—¿Ha recibido usted noticias de Tom?

—¿Noticias?—repuso ella riendo desgarradoramente—. Tengo bastante con éstas.

Apartó los grandes ramos de flores que ocultaban el espejo y La Bessière vió las palabras que el legionario había escrito con tiza en el cristal: "He cambiado de pensamiento. Adiós."

Su risa fué rota por un sollozo. Arrojó furiosamente contra el suelo la copa de champaña y se desplomó en un sillón, destrozada por el llanto.

—Amy Jolly—dijo La Bessière dulcemente—, no puede usted continuar aquí. Comprenda que está usted causando un perjuicio a la casa.

—¿Quiere usted que trabaje en esta situación?

—Nada de eso. Al contrario. Quiero que rompa usted el contrato definitivamente. Venga a mi casa. Es muy grande. Casi un palacio. Allí podrá usted formarse una vivienda independiente de la mía. Allí encontrará la tranquilidad y los cuidados que necesita su espíritu.

Ella le estrechó los brazos con gratitud.

—Mientras usted se cambia de ropa yo daré las órdenes precisas para que trasladen su equipaje.

Al salir del camerino, se encontró con el semblante interrogador del dueño del cabaret.

—Amigo mío—dijo La Bessière

con un tono de satisfacción inculcable—, se queda usted sin estrellita.

Y “El Tinto” exclamó con el to-

no del que acaba de quitarse un gran peso de encima:

—¡Me alegro y que sean ustedes muy felices!

XIII

Mogador. Tierras áridas y abruptas. La columna avanzaba con gran sigilo y con lentitud desesperante. A cada momento sonaban los pitos de alarma y todos los legionarios se tenían que echar al suelo. Hasta que daban la orden de levantarse, habían de permanecer en posición horizontal. Por lo regular, la señal de alarma iba precedida de algunos disparos sueltos inesperados, de procedencia ignorada.

Habían llegado al barranco de Amalfa. El terreno era de una irregularidad extrema. Tajos, abismos, cimas agudas.

De pronto, la señal de peligro. Todo el mundo al suelo.

Tom estaba asqueado.

—¡Vaya una lata!

El sargento, sacando de debajo de su cuerpo una piedra picuda del tamaño de una granada, contestó:

—¡Todo el camino igual! Si latosos son los pitos, más pelma eres tú. ¿Por qué no te vas si tan mal estás entre nosotros?

—Eso no lo hace Tom Brown.

—Pues me parece recordar que pensaba hacerlo antes de partir.

—Antes era distinto.

—No veo la diferencia.

—Ahora soy una persona decente.

—¿De veras? Y ¿cómo ha sido eso?

—Porque estoy enamorado.

—¡Ah!

Estaban en una vertiente pedregosa de las cercanías del barranco de Amalfa. Unos metros más allá, una esquina casi angular, como la de una calle.

El comandante César había avanzado hasta allí. Estuvo escuchando las hendiduras y los salientes rocosos de las paredes del barranco sin resultado positivo.

—No se ve nada, mi coronel—dijo al jefe de la expedición.

Pero el coronel no se dio por satisfecho. Avanzó hasta el ángulo y disparó su revólver.

La respuesta fué inmediata. Una ametralladora lanzó al espacio su tableteo mortal.

Pitos. Todo el mundo al suelo.

—¡Cualquiera diría que estamos haciendo gimnasia sueca!—comentó Tom.

—Eso tiene remedio bien pronto. Ve por la ametralladora y tráete algún morito, mejor que mejor.

—No tengo ganas de hacer el fantoche. Eso tú, que tienes madera de héroe.

—Es que yo—repuso el sargen-

to en el tono del que confía un gran secreto—también empiezo a sentirme jeringado de esta... “gimnasia sueca”.

—¡Chócala!

—¡Calla! ¿Qué diría esta chusma si te oyera hablar con tanta confianza al sargento?

—La chusma sabe que, con galones o sin ellos, eres tan sinvergüenza como yo.

—Si salimos de ésta, te vas a acordar de mí.

Por toda respuesta, Tom le dio un cariñoso puñetazo.

—¿No le parece, mi coronel—preguntaba entretanto César—que es conveniente destruir esa ametralladora?

—Conveniente, no: necesario. Llame a un valiente.

César disimuló una mueca de satisfacción y lanzó al aire este grito de llamada.

—¡El legionario Brown!

La llamada corrió de boca en boca a lo largo de la columna.

—¡El legionario Brown!... ¡El legionario Brown!... ¡El legionario Brown!

Cuando la llamada llegó a oídos

del interesado, el sargento le dirigió una mirada llena de dramática ironía.

—¿No querías que fuera por la ametralladora?—preguntó Brown. Pues voy a darte gusto.

—La verdad, Tom. No creí que esto pudiera suceder.

Le ofreció la mano. Se la estrecharon efusivamente.

—En el infierno te espero—dijo Tom con trágico humorismo—. No tardes.

—Oye... Devuélveme lo que me debes... por si acaso.

—Es verdad. Toma.

Tom se presentó al coronel.

—Es preciso destruir la ametralladora. Vaya. Aquí le esperamos.

—No puedo responder de la vuelta, mi coronel.

—Le deseo mucha suerte.

Entonces el comandante César se acercó a ellos.

—¿Me permite usted que vaya con Brown, mi coronel?

—Puede usted ir.

Tom le miró por el rabillo del ojo. Se daba perfecta cuenta de lo que significaba aquel rasgo de heroísmo. Pero no le importó gran

cosa. El peligro no sería menor si César dejaba de acompañarle.

Comenzó la marcha. No andaban, sino que se arrastraban con sigilo gatuno.

Cada vez que llegaban a un lugar seguro, disparaban sus armas y la ametralladora replicaba infaliblemente.

Una pausa y se oía la voz de César.

—¡Adelante!

Tom sabía muy bien lo que aquello significaba. Salir del refugio para buscar una nueva trinchera. Ofrecer el cuerpo como un blanco a la lluvia mortífera de proyectiles. Pero, por ahora, no podían quejarse de su suerte. Ya estaban al pie de la vertiente casi vertical, donde, colgado como nido de águilas, estaba el hueco que servía de emplazamiento a la ametralladora.

Ahora era cuestión de ir trepando hasta que el enemigo estuviera al alcance de las bombas de mano.

—¡Adelante!—dijo César.

Tom se despidió de la vida y salió de la roca que ocultaba su cuerpo. Los proyectiles silbaban junto

a su cabeza. Tuvo que echarse en el suelo, en una depresión muy leve, para ver de encontrar un nuevo punto de atrincheramiento.

César había hecho lo mismo. Diez pasos más y las bombas lanzadas por Tom caerían en el hueco de donde salían los disparos. Esto quería decir que el legionario Brown destruiría la ametralladora y, en vez de morir, recibiría una cruz.

—¡Eso no será de ningún modo!"—dijo el comandante en voz siniestra, pero tan baja, que casi ni él mismo la oyó.

Y, al mismo tiempo que empuñaba su revólver, ordenó:

—¡Adelante!

Sonó el tableteo de la ametra-

lladora. César apuntó a la espalda del legionario. Pero, antes de que pudiera disparar, le alcanzó un proyectil enemigo y su mano cayó pesadamente con el revólver.

En cambio, el legionario Tom había logrado encaramarse a un seguro refugio de la pendiente casi vertical. Desde allí comprobó que César había terminado de ser para él un peligro y que la ametralladora estaba apenas a veinte metros de distancia.

Empuñó por el mango una de las bombas. Midió bien la distancia y la lanzó. Un moro rodó por la pendiente y, con él, una caja de proyectiles y otros útiles de guerra.

La ametralladora no volvió a disparar.

XIII

—¿En qué piensas?

Amy Jolly, transformada, vestida con elegancia austera, sin la

menor huella de pintura en el rostro, estaba en uno de los suntuosos salones de aquella casa que

iba a ser suya, cuando su prometido, La Bessière, entró.

Estaba tan absorta en sus pensamientos, que no oyó los pasos del que iba a ser su esposo.

Al verle le saludó un poco distraídamente.

—¡Hola, querido!

Y entonces preguntó La Bessière:

—¿En qué piensas?

—No tiene importancia. Ya sabes que el pasado nos acecha para adueñarse de nosotros al menor descuido.

—¿No será que te acuerdas del ausente?

—No. Eso no. Estoy segura de no traicionarte.

—Más vale así, querida, porque todas las noticias coinciden en que ha muerto en el barranco de Amalfa.

—En efecto, eso he oído decir. También en eso pensaba. Pero es lo mismo. Vivo o muerto él no será un obstáculo entre nosotros.

—Sin embargo, hay en tus ojos una pena que se me contagia.

—No es pena. Si acaso, un poco de cobardía ante lo desconocido,

ante la nueva vida que juntos vamos a emprender. Pero estoy segura de que seré feliz. He gustado de la paz de esta casa, de la dulzura de tu compañía. Te admiro cada día más. ¡Quién sabe si llegaré a amarte con amor de novia!

—Eso sería más de lo que yo he osado soñar.

* * *

La mesa estaba llena de distinguidos invitados.

En el puesto de honor, Amy Jolly, y a su lado La Bessière. Era la comida en que el pintor iba a anunciar oficialmente su compromiso matrimonial con Amy Jolly.

La belleza de la prometida aparecía en este momento solemne transformada. Había aumentado la palidez de su rostro, los ojos aparecían agrandados, la frente, más ancha. Sobre el pecho, la maravilla del collar de perlas, para el que todas las damas distinguidas de la ciudad habían tenido un comentario admirativo.

Al final de la comida, el invitado más viejo se levantó para pronunciar unas palabras ponderativas. Estaban ante un caso increíble. La Bessière, soltero empedernido, se iba a casar. ¿Qué quería eso decir? Pues sencillamente, que había encontrado la mujer perfecta que buscaba y de cuya existencia tenía derecho a dudar. La mejor alabanza que podía hacerse de Amy Jolly era decir que La Bessière se iba a casar con ella.

Se levantó La Bessière para contestar, pero no pudo hacerlo. Un incidente había distraído la atención de todos los invitados. De súbito, en la calle, se habían percibido los sonos marciales de la marcha de los legionarios.

Amy Jolly sabía que estaban a punto de regresar, pero no pudo sospechar lo que iba a suceder en su ánimo cuando este momento llegara.

Su semblante se transformó. Se había puesto en pie convulsivamente. Se sintió empujada hacia la puerta por una fuerza irresistible y echó a correr.

El collar de perlas se había en-

redado a los encajes del mantel y, a consecuencia del tirón, se rompió el hilo que sujetaba las perlas. Y las perlas, magníficas, gruesas, redondas, rodaron por el suelo.

Pero Amy Jolly ni siquiera se detuvo. Desapareció por la puerta de la escalera y se la oyó bajar presurosamente.

Salió a la calle. Con mirada anhelante vió pasar toda la merma de columna de legionarios. Y, entre ellos, no encontró a Tom.

Echó a correr hasta alcanzar al sargento.

—¿Dónde está el legionario Brown?

El sargento, un poco sorprendido por aquel tono apremiante, contestó:

—Lo dejamos en Amalfa.

—¿Muerto?

—No.

—¿Herido?

—Creo que sí.

—¿Grave?

—¡Bueno, bueno! Me estoy quedando atrás.

En el alma de Amy Jolly se desencadenaba una tempestad de sen-

timientos. No sabía a ciencia cierta lo que le pasaba. Ignoraba por qué y de dónde había surgido aquella impaciencia, aquella inquietud que de súbito se había adueñado de ella. Era sin duda una fuerza misteriosa y sobrehumana la que la ligaba a Tom con los lazos del pensamiento y del sentimiento.

Agitada y nerviosa volvió al comedor, donde los invitados murmuraban sobre el incidente y La Bessière se esforzaba en vano por mantener la conversación en un tono natural.

No veía. Cuanto la rodeaba era ajeno a ella. Sólo estaba pendiente de sus pensamientos y de sus íntimas decisiones.

—Está en Amalfa—dijo—. He de ir a buscarle.

Los invitados se levantaron pa-

ra marcharse, pero La Bessière los detuvo.

—Les ruego que no se muevan. No debe haber secretos para los buenos amigos.

Y contestó a Amy Jolly, con su acostumbrada amabilidad:

—Podríamos telegrafiar y te evitarías el viaje.

—No. He de ir a su lado. He de ir a su lado.

—Como quieras. Ve a decir que preparen las cosas.

Y cuando Amy Jolly salió del comedor, La Bessière explicó a los invitados:

—Acaso no comprendan ustedes, pero la amo tanto... Les pido perdón por la escena.

Y, minutos después, el auto de La Bessière, conducido por su propio dueño, partía en dirección de Amalfa.

XIV

En vano preguntaban en oficinas y puestos. Nadie les daba razón del héroe de Amalfa.

Amy Jolly tuvo una idea.

—¿Y si visitáramos el hospital?

—Tal vez.

Se dirigieron al hospital. Allí les dijeron que no había ningún herido que se llamara Tom Brown.

—Estuvo en Amalfa—insinuó Jolly.

—Casi todos los desgraciados que hay aquí, ingresaron a raíz de ese combate, pero ninguno se llama Tom ni Brown.

—Permítame entrar. Acaso algún compañero pueda darme razón de él.

Obtenido el permiso, Amy Jolly recorrió la angosta sala del hospital improvisado.

Iba preguntando a los heridos:

—¿Sabe usted algo del legionario Brown?

Y todos contestaban con una seca negativa.

Por fin encontró uno que sabía de él.

—¿Tom? ¡Ya lo creo! ¡El muy granuja! Quiso hacerse pasar por enfermo para descansar una temporada y se descubrió el pastel. Las consecuencias han sido que mañana, al amanecer, se internará en el Sahara con una expedición que es peor que un balazo.

—Entonces ¿no está herido?

—Ya le he dicho que no.

—¿Sabe usted dónde podría verlo?

—No sé donde estará, pero es muy fácil encontrarlo. Recorra usted todos los establecimientos de bebidas del pueblo y en uno u otro lo encontrará.

—Gracias.

Amy Jolly salió a la calle apresuradamente, siempre seguida de La Bessière.

—Quédate tú en el auto. Cuando lo encuentre volveré.

—Es peligroso que te aventures sola por estas callejas.

—No temas. Estoy segura de que lo encontraré.

Era ya de noche. Los callejones del poblado parecían más angostos e intransitables a consecuencia de las oscuridad.

Sin preocuparse de la curiosidad que a su paso despertaba, Amy Jolly se aventuró por el laberinto de callejas.

En algunas tabernas entraba provocando la consiguiente expectación. En otras, le bastaba mirar por la ventana para abarcar todo

el recinto y convencerse de que Tom no estaba allí.

Ya las había recorrido casi todas cuando llegó a una con honores de cabaret, a cuya puerta algunas mujeres sentadas golpeaban panderetas y otros instrumentos rudimentarios, formando un corro en el centro del cual ejecutaban tres danzarinas bailes al estilo del país.

El espectáculo distrajo por un momento la atención de Amy Jolly, tal era su fuerza emotiva.

Los vientres desnudos y morenos de las danzarinas cobraban vagos resplandores bajo el reflejo lunar. Los fulgores de sensualidad que pasaban por sus ojos siguiendo el ritmo de las contorsiones, eran como llamaradas, y los gritos de lascivia tenían una trágica sonoridad desgarradora.

Allí, en aquella taberna con honores de cabaret, estaba el legionario Tom.

Mientras Amy Jolly, momentáneamente fascinada, contemplaba el espectáculo de los bailes, Tom, completamente borracho y bajo el acoso sensual de una joven de ojos

intensamente negros, escribía en la mesa de madera un nombre con la punta de la navaja.

A un lado había una baraja desparramada. El resto de la mesa estaba ocupada por vasos vacíos.

Estaba ya cansado de hacer solitarios y juegos de prestidigitación. La charla de la joven que le acompañaba le aburría soberanamente. Por eso había recurrido al entretenimiento que ahora le ocupaba.

A pesar de la embriaguez, su pulso se mantenía firme. La punta de su navaja se deslizaba segura sobre la superficie de madera dejando una huella profunda.

Letra tras letra el nombre iba quedando formado. Estaba absorto en su tarea, todo lo absorbo que le permitía la vaguedad de ideas que le daba la embriaguez.

Lo cierto era que no hacía el menor caso a la vehemente compañera. Ella le acariciaba los cabellos, se apretaba contra él con ondulaciones de sensualidad, le murmuraba al oído incitaciones.

Pero él ni siquiera la oía.

Por fin quedó terminado el nom-

bre. Ella lo leyó con curiosidad.

—¡Amy Jolly! ¡Qué nombre tan bonito!

—Sí, es un nombre precioso—repuso él sin darse cuenta exacta de lo que decía.

—¿Algún amor?—preguntó la joven con curiosidad creciente.

—Alguno no: el único.

—¿La amas aún?

—No lo sé. Eso es mucho preguntar. Cuando se siente una cosa tan honda como la que yo siento por esa mujer, es muy difícil precisar si es amor o locura.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Por qué la dejaste?

—¡Qué te importa eso a ti!

—¡Vaya si me importa! Por eso lo pregunto.

—Pues ya has terminado de nombrarla. No quiero acordarme de ella esta noche que acaso sea la última de vida.

—Es verdad—repuso ella horrorizada—. De la última expedición regresaron seis de los sesenta que fueron.

—Seis. Es una lotería demasiado desventajosa. (De los cien

que vamos a jugar mañana, el premio será para ocho o diez. ¿Cómo puedo tener esperanzas de que me toque?

—Pero no pensemos en eso. Esta noche debe ser para ti noche de esparcimiento y nada más que de esparcimiento.

—¿Y nada más?—rió Tom rodeándole con un brazo la cintura.

—Y de amor—repuso ella estrecheciéndose y besando a Tom en los labios.

El se levantó.

—Vamos a otra parte.

—Vamos donde tú quieras.

Pero se quedó perplejo al ver que estaba ante él Amy Jolly.

Con un movimiento instintivo, cubrió con las cartas el nombre grabado en la mesa.

Después dibujó una sonrisa que quería ser indiferente.

—¿Tú por aquí? ¡Qué sorpresa!

Se tuvo que volver a sentar porque se caía.

—He venido a despedirme. Me he enterado de que te vas al Sahara.

—Una más. Pero no me pre-

ocupo. Mala hierba nunca muere.

La compañera de Tom, inquieta ante aquella interrupción, temiendo a la belleza extraordinaria de Amy Jolly, leyendo en sus ojos el amor, considerando que una palabra de ella se lo podría arrebatarse, tiró de él con impaciencia.

—¡Vámonos! Es tarde.

El se desprendió de ella bruscamente.

—Déjame en paz.

Y para completar su desprecio le dió un empujón.

Sin embargo, ella esperó en la puerta, vigilándoles.

No podía abandonar tan pronto la esperanza de satisfacer las promesas de placer que el legionario le había dado.

Tenía la seguridad de que era aquella la mujer cuyo nombre había grabado Tom en la mesa. Tenía la seguridad de ello porque había advetrido el rápido movimiento de su amigo al cubrir el nombre con las cartas.

Además, aquella era la mujer excepcional capaz de enamorar a un hombre tan indiferente y has-

tiado de placeres como Tom el legionario.

No había visto en su vida una mujer tan interesante. Ella se consideraba la reina de belleza de aquel poblado y tenía motivos para ello, pues las solicitudes llovían sobre ella y las amigas la envidiaban. Pero ella comprendía que habría sido loca pretensión rivalizar con una mujer como Amy Jolly.

Ellos continuaban cambiando monosílabos.

—Creo que te he echado a perder la noche—dijo Amy Jolly con una reticencia que Tom comprendió perfectamente.

—No has echado a perder nada. Es una pobre mujer que se ha empeñado en alegrarme y sólo ha conseguido entristecerme más.

Por los ojos de Amy Jolly había pasado algo así como un lejano relámpago de satisfacción.

Tom buscó la causa y creyó descubrirla en seguida. Sus palabras podían haber sido interpretadas por Amy Jolly como una confesión de que la única mujer que a él podía interesarle era ella.

¿Acaso no era así, realmente?

Pero Tom se arrepintió de haber pronunciado aquellas palabras. No quería dejar entrever aquel sentimiento a Amy Jolly. El quería que su sacrificio fuera completo. Sería estúpido echarlo a rodar todo ahora, cuando el martirio venía durando ya varios meses.

A la luz mortecina de las débiles lámparas, menos brillante aun al reflejarse en las mugrientas paredes del recinto, Tom había tenido la desgracia de comprobar que la belleza de Amy Jolly había aumentado. Estaba más pálida, más espiritualizada. En sus ojos agrandados había una paz de aflicción que los embellecía y los hacía más profundos. Sus manos, frágiles y exquisitas, parecían cálices

de lirio. La severidad de su vestido oscuro realzaba la majestad de su figura. Además, y esto era lo más desesperante para Tom, en sus ojos había un intenso destello de amor cuando le miraban y sobre todo ahora en que él acababa de cometer la imprudencia de pronunciar aquellas palabras equivalentes a una confesión.

Pero, realizando un esfuerzo sobrehumano y heroico, se levantó mientras decía:

—Es una pobre mujer, pero buena para divertirse. Adiós.

Y se fué hacia su compañera de una noche para rodearle la cintura con un brazo, lo cual hizo a la joven enrojecer de orgullo y de placer anticipado.

XV

Amy Jolly había quedado sumida en el dolor de la sorpresa.

No comprendía aún el extraño proceder de Tom acerca de ella.

Era como si la amara y algún motivo de rencor le moviera a demostrar lo contrario.

Absorta en sus pensamientos,

sus ojos miraban sin ver las cartas desparramadas sobre la mesa.

Maquinalmente cogió una de ellas y sus dedos jugaron con la cartulina. Pero he aquí que de pronto algo llamó su atención.

Fué una de las recién grabadas letras de su nombre. También estaba allí la navaja y comprendió que Tom se había estado aburriendo con su compañera, pues de otro modo no se explicaba que se entretuviese en aquella tarea pueril.

El hecho de que Tom se hubiese aburrido al lado de aquella joven realmente apetitosa le satisfizo en extremo, y la satisfacción se convirtió en alegría cuando, al levantar las cartas por curiosidad, vió que el nombre que Tom había escrito era el suyo.

Al lado del nombre había un dibujo cuya infantilidad la enterneció: un corazón atravesado por una flecha.

Se levantó para seguirle, pero vió que en este momento él volvía a entrar en la estancia y se detuvo.

—¿Por qué has venido, Tom?

preguntó Amy Jolly henchida de esperanza.

—Se me había olvidado la navaja.

Se la guardó y al mismo tiempo miró de reojo el nombre que había quedado descubierto sobre la mesa.

Todo sería ahora inútil. ¿Cómo hacerle creer a Amy Jolly que no pensaba en ella? Sin embargo era preciso enfriar aquel entusiasmo, desvanecer aquella ilusión.

—Ha sido una noche bastante aburrida. Menos mal que esta navaja me ha proporcionado la distracción de ir escribiendo en cada taberna un nombre de mujer distinto.

—Ya he visto que el mío está en esta mesa—repuso Amy Jolly sin dar crédito a las palabras de Tom.

—Pero, ahora que pienso, ¿cómo supiste que mañana parto para el interior del Sahara si hasta ayer no lo he sabido yo?

—Me he enterado al llegar aquí.

—Entonces ¿no viniste por eso?

—No. Vine porque creí que estabas herido. Primero dijeron que

habías muerto. Después me enteré de que vivías.

—¿Y cómo me has encontrado?

—Buscándote. Un amigo me ha dicho que acaso estarías divirtiéndote en alguna taberna. Las he recorrido todas hasta encontrarte.

Hubo una pausa.

—¿Has venido sola?—preguntó Tom al fin.

—No, me ha acompañado La Bessière.

—Tengo entendido que es tu prometido.

—Lo era.

—¿Ya no lo es?

—No.

—¿Porque él se ha vuelto atrás?

—No. He sido yo la que he roto el compromiso.

Iba a preguntar por qué, pero no lo hizo. Era inútil. Los ojos de Amy Jolly anticipaban la respuesta.

Murmuró:

—Creo que has cometido el error más grande de tu vida. La Bessière representa para ti una inmejorable proporción. Es un hombre de verdad. Un caballero.

Te ama y es rico y distinguido. ¿Qué más puedes pedir?

—Comprendo que no tengo derecho a pedir nada, pero yo no mando en mi corazón. Mi corazón necesita, para unirse de por vida a un hombre, algo más que todo eso que tú has nombrado.

—Y ese algo es...

—Amor.

—Creo que La Bessière te ama.

—Pero yo, en cambio, no puedo amarle.

—Pocas mujeres están verdaderamente enamoradas cuando se casan. El amor viene después.

—En mi caso no vendría nunca.

—¿Qué sabes tú?

—Lo sé porque he intentado amarle y no he podido.

—¿Que has intentado amarle?

—Sí.

Y añadió como si hablara consigo misma:

—Aquella noche, cuando tú escribiste tu despedida en el espejo, creí que te podría olvidar. Pasaron los días, días angustiosos que ni siquiera recordar quiero. Y tú estabas presente en mi pensamiento y en mi corazón. Llegó a no

importarme nada en la vida. Qui se aturdirme para olvidar. Y fué entonces cuando la mano amiga de La Bessière fué para mí un inestimable consuelo. ¡Quién sabe adónde habría ido a parar de no ser por ese corazón magnánimo! Dejé el cabaret. Saboreé la paz de una vida honrada en el palacio de La Bessière. El, a fuerza de ser prudente, ni siquiera venía a saludarme. No quería que yo interpretara sus atenciones como una coacción. Quería dejarme a solas con mis pensamientos para que yo, libremente, tomara la determinación que creyera oportuna. Y un día fui yo a verle a él y le pedí ser su esposa. Había aprendido a saborear las bellezas de la vida tranquila, los encantos de un afecto suave y profundo... El se alegró tanto que no pude menos de sentirme contagiada de su alegría.

"Iba sabiendo noticias de ti y cada vez las recibía con más tranquilidad. Pero un día regresaron los legionarios. Creí que tú vol-

vías con ellos. Salí corriendo a la calle, como loca. Y no te encontré. Tú te habías quedado aquí. Pero era ya demasiado tarde para rectificar. Lo que yo creí que había muerto no estaba más que dormido. Te seguía amando. Y aquí me tienes."

Se advirtió en los ojos del legionario una ligera vacilación. Acaso luchaba por sobreponerse a los sentimientos que habían despertado en su corazón las palabras de Amy Jolly.

Pero aquel hombre que estaba acostumbrado a luchar con la muerte a brazo partido, no podía fracasar en esta contienda espiritual.

Por eso se encogió de hombros y dijo:

—Sigo creyendo que tu porvenir está al lado de La Bessière. Adiós.

Se reunió con su compañera y esta vez salió a la calle para no volver al lado de Amy Jolly.

XVI

Un aluvión de ideas encontradas había desencadenado una tempestad en el alma de Amy Jolly.

No sabía qué actitud tomar. No era dueña de sus sentimientos. No sabía si debía alegrarse o entristecerse, si indignarse o entregarse a la desesperación.

Cuando salió del café cantante todavía estaban las bailarinas dando el espectáculo de sus danzas voluptuosas, semidesnudos sus cuerpos morenos que cobraban refulgencias de bronce bruñido bajo el resplandor del plenilunio.

El cuadro se había complicado con la intervención de los espectadores, que, incapaces de refrenar sus impulsos, interrumpían frecuentemente el baile de las bailarinas para estrujarlas entre sus ávidos brazos.

Un poco horrorizada por las de-

rivaciones peligrosas de la danza, Amy Jolly volvió al punto donde había dejado a La Bessière y donde sabía que tenía que encontrarle.

En efecto, allí estaba, junto al auto, fumando y esperando abnegadamente.

—¿Qué?—preguntó.

—No sé.

—¿Cómo? ¿No sabes si lo has encontrado?

—Encontrado, sí. Cuando menos, a su persona. Pero no sé si he encontrado su corazón.

—¿Se va?

—Sí. Mañana. Al amanecer.

—¿Hacia el interior del Sahara?

—Hacia el interior del Sahara, que es lo mismo que si fuera hacia la muerte.

—¿Piensas salir a despedirle?

—Desde luego.

Una pausa. Se dirigían a la única fonda del poblado, en la que probablemente no podrían dormir.

—¿Le has hablado de mí?— preguntó La Bessière de pronto.

—Sí. Se lo he contado todo. ¿Y sabes lo que me ha contestado?

—¿Qué?

—Que mi porvenir está contigo. Volvieron a callar.

Después dijo La Bessière:

—Quiere ser un fiero legionario y es un delicado caballero.

* * *

No durmió en toda la noche. Su mente era un laberinto de ideas.

¿La amaba? Sí. Esta era la creencia de Amy Jolly. Su propia actitud era la mejor prueba de que, en el fondo de su alma, estaba convencida de ello. De otro modo, se habría entregado a la desesperación del despecho o lloraría en brazos de La Bessière.

Su agitación era la de quien acaba de hacer un descubrimiento maravilloso, una verdad tan hermosa que se resiste a creer en ella.

¿No era una prueba evidente de que no la olvidaba, aquel nombre grabado en la mesa de la taberna y precisamente cuando una mujer joven y bella se le brindaba?

No, no abrigaba la menor duda sobre ello. Las vacilaciones, las ideas encontradas, la incertidumbre tenían otra causa.

Ahora veía claro. Ahora comprendía por qué él la abandonó aquella noche, después de haber pactado con ella la huida a Europa. Ahora se explicaba su despedida indiferente cuando le encontró rodeado de mujeres y abrazando a una de ellas. Ahora conocía el motivo del frío recibimiento de aquella misma noche.

El mismo se había delatado al aconsejarle que no despreciara a La Bessière. Era que se sacrificaba por ella. La Bessière era rico y él pobre. La Bessière podría proporcionarle una vida regalada, llena de comodidades y lujos, mientras él sólo le podía dar mucho amor.

Era esa la causa de su desvío. Eso era lo que movió su mano aquella noche, cuando escribió en el espejo las palabras de despedi-

da que no habían de borrarse nunca de su corazón.

Pero no era eso lo que la sumía en un mar de inquietudes y vacilaciones. Era una idea, relacionada con la marcha de Tom, aquella marcha dura, agotadora, de la que acaso no volviera. Era...

La luz de la aurora comenzaba a teñir los cristales. Impaciente, se arregló y fué a llamar a la puerta del cuarto de La Bessière.

El abrió en seguida. Ya estaba vestido. En su rostro se veían claramente las huellas de la vigilia. Tampoco La Bessière había dormido. Ni siquiera se había acostado.

En la calle se oían ya los sonos de las trompetas y el redoblar de los tambores?

—¿Vamos?

—Vamos.

Se dirigieron con el auto a la puerta de la ciudad.

Los legionarios acudían por las bocacalles de los callejones. Muy pocos habían dormido aquella noche que acaso fuera la última de su vida.

Tom, al verlos, se acercó a salu-
darlos.

Estrechó la mano de La Bessière. Fué un apretón cordial y sincero.

—Mucha suerte, amigo mío.

—También yo le deseo suerte, amigo La Bessière.

Después se despidió de Amy Jolly. Ella advirtió claramente que no se atrevía a mirarla a los ojos. Trató de retener su mano, pero él la retiró vivamente.

Y Amy Jolly le vió alejarse.

Los primeros rayos del sol doraban las arenas del desierto, que se veían a través de la puerta de la ciudad. Se había levantado un vientecillo suave, pero denso y ardiente. Parecía como si la tierra despidiera fuego.

Se oyó la voz de "¡marchen!" y los legionarios partieron. Pasaron la puerta de sillería, se internaron en el mar de arena.

Con las manos en el pecho, sujetándose fuertemente el corazón, Amy Jolly vió pasar a las pobres mujeres de la retaguardia, con los fardos a cuestas, tirando de sus cabras o empujando a sus borricos.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Amy Jolly estaba intensamente pálida. La incertidumbre que la mantuvo en vela durante toda la noche adquirió ahora una inusitada intensidad. Eran las pobres mujeres de la retaguardia, aquellas mujeres que ella un día había calificado de locas, por lo que La Bessière replicó: "No es que están locas; es que aman."

Ya se hundían los pies de las desdichadas en el mar de arena. La zozobra hacía temblar a Amy Jolly. Instintivamente había avanzado unos pasos en dirección del desierto, siguiendo la estela de abnegación que dejaron las mujeres de la retaguardia.

De pronto se detuvo.

—¡Sí, he de ir con él!—gritó.

Corrió hacia La Bessière, le estrechó las manos, se las besó, le dijo llorando:

—Eres muy bueno, quisiera poder tomar la felicidad que me ofreces; pero ya ves que no puedo.

Y corrió hasta alcanzar a la "retaguardia".

Soplaba el viento levantando nubes de polvo, los pies de Amy Jolly se hundían en la arena. Se quitó los zapatos, porque el tacón alto le molestaba, y continuó descalza el camino, confundida con las pobres mujeres de la retaguardia, dobladas las espaldas bajo el sol de fuego y bajo el azote que miente de las arenas agitadas por las ráfagas del desierto.

La Bessière, inmóvil, conteniendo heroicamente su dolor, la vio alejarse, tal vez para siempre...

Y ahora sí que no le cupo duda de que Amy Jolly amaba al legionario Tom.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. — Madrid: Ferraz, 21

COLECCION USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nantán, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia.—Zazá.—¡Adiós, juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Mariposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano.—La Tierra de todos.—Trípoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Malacara.—El Capitán Sorrell.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Bailarina de la Opera.—Ben Ali.—Los Cuatro Diablos.—¡Ríe, payaso, ríe!—Volga, Volga.—La Sinfonía Patética.—Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!...—La ruta de Singapur.—La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina la Holandesa.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los cosacos.—Icaros.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Virgenes modernas.—El Pagano de Tabiti.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La senda del 98.—Espejismos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egoísmo.—La Máscara del Diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Posesión.—Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Ceres.—Las dos huérfanas.—La Canción de la Estepa.—El precio de un beso.—La rapsodia del recuerdo.—Delikatessen.—Del mismo barro.—Estrellados.—Cuatro de Infantería.—Olimpia.—Monsieur Sans Gêne.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladrón de amor.—Molly (La gran parada).—El valiente.—¡De frente... marchen! Prim.—El presidio.—Romance.—El gran charco.—Tempestad.—El Dios del Mar.—Anne Christie.—Sevilla de mis amores.—Horizontes nuevos Ben-Hur (edición popular).—La incorregible.—El malo.—El pavo real. Bajo los techos de París.—Wu-li-Chang.—Montecarlo.—Camino del infierno.—¡Mio serás!—¡Aleluya!—La mujer que amamos.—Al compás de 3/4.—La princesa se enamora.—Amanecer de amor.—El gran desfile (edición popular).—Du Barry, mujer de pasión.—La viuda alegre (edición popular).—Ángeles del infierno.—Cuerpo y alma.—El impostor.—Esposa a medias.—Esclavas de la moda.—Petit Café.—Hay que casar al Príncipe.—Inspiración.—El proceso de Mary Dugan.—En cada puerto un amor.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

La deliciosa novela, de franco éxito de crítica y de público:

¿Conoces a tu mujer?

Producción hablada en español, por

Carmen Larrabeiti, Rafael Rivelles, Manuel Arbó, Miguel Ligero, Ana María Custodio, etc.

Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)



En preparación:

¡ACONTECIMIENTO!

EL MILLÓN

La película optimista que no olvidará usted nunca.

NOTA IMPORTANTE: Si le interesa alguna novela y no la encuentra en su quiosco o librería habituales, pídasela y, contra remesa de su importe en sellos de correo o giro postal, según su cuantía, se la enviaremos seguidamente.

¡Últimos grandes éxitos!

El precio de un beso, por José Mojica y Mona Maris. (6 ediciones)

Del mismo barro, por Mona Maris y Juan Torena. (6 ediciones)

Ladrón de amor, por José Mojica y Mona Maris. (4 ediciones)

El valiente, por Juan Torena. (2 ediciones)

El presidio, por José Crespo. (2 ediciones)

El gran charco, por Maurice Chevalier y Claudette Colbert. (2 ediciones)

Sevilla de mis amores, por Conchita Montenegro y Ramón Novarro. (3 ediciones)

Ben-Hur, por Ramón Novarro y May Mac Avoy. (Edición popular)

La incorregible, por Enriqueta Serrano y Tony D'Algy

El malo, por Dolores del Río y Edmund Lowe

El pavo real, por la genial «estrella» Mae Murray

Bajo los techos de París, por Albert Préjean, Polla Yllery y Gaston Modot

Wu-Li-Chang, por Ernesto Vilches, Angelita Benítez y José Crespo

Montecarlo, por Jeannette Mac Donald y Jack Buchanan. (2 ediciones)

¡Mío serás!, por Jeannette Mac Donald y Reginald Denny

Alaluya (el alma negra), por Daniel L. Haynes, Nina Mae y Mac Kinney

Camino del infierno, por María Alba y Juan Torena

La mujer que amamos, por Vilma Banky

Al compás de 3/4, por Grell Theimer, Yrene Elsinger y Walter Janssen

La princesa se enamora, por Charles Farrell y Maureen O'Sullivan

Amanecer de amor, por Norma Shearer, Lewis Stone y Robert Montgomery

El gran desfile, por John Gilbert y Renée Adorée. (Edición popular)

Du Barry, mujer de pasión, por Norma Talmadge, Conrad Nagel, William Farnum, Hobart Bosworth, etc.

La viuda alegre, por Mae Murray y John Gilbert. (Edición popular)

Ángeles del infierno, por Jean Harlowe, James Hall y Ben Lyon

Cuerpo y alma, por Jorge Lewis, Ana María Custodio, José Nieto, etc.

El impostor, por Juan Torena, Blanca De Castejón, Carlos Villarias, etc.

Esclavas de la moda, por Carmen Larrabeiti, Blanca de Castejón, Julio Peña, Félix de Pomés, etc.

Petit café, por Maurice Chevalier, Ivonne Vallee, etc.

Hay que casar al Príncipe, por José Mojica, Conchita Montenegro, etc. (3 ediciones)

Inspiración, por Greta Garbo, Robert Montgomery, Lewis Stone, etc.

El proceso de Mary Dugan, por María Ladrón de Guevara, José Crespo, Ramón Pereda, Rafael Rivelles, Elvira Morla, etc.

En cada puerto un amor, por José Crespo, Conchita Montenegro, Juan de Landa, etc.

Acaba de ponerse a la venta la tercera edición de la novela de extraordinario éxito

Hay que casar al Príncipe

[por el favorito de la pantalla **JOSÉ MOJICA**
(con nueva portada a tres colores, artística y sugestiva)

Precio: 1 peseta

¡NOVEDAD! Fotografía en colores de

JOSÉ MOJICA

en papel couché superior y pegada a cartón,
formando así un verdadero cuadro

Pídala a su librero ¡Venta enorme! **Precio: 30 cts.**

Se está agotando la quinta edición de la nueva
BIOGRAFÍA-INTERVIU de

JOSÉ MOJICA

Con letra de las canciones: El precio de un beso, Ladrón de amor
y Hay que casar al Príncipe. **Precio: 50 cts.**

Éxito de la colección
de asuntos rusos **EL FILM RUSO**

Números publicados: El exprés azul, El batelero del Volga, El
pueblo del pecado, El espía, La danza roja y Iván, el terrible.
Precio: 50 cts.

No deje de adquirir:

La Novela Cinematográfica del Hogar

Inmejorables asuntos · 32 páginas de amena y sana literatura
Postal-regalo en bicolor. **Precio popular: 30 cts.**



Precio: Una peseta